



*Colección Jorge Álvarez*

CÉSAR AIRA

**tres**  
**historias**  
**pringlenses**



BIBLIOTECA  
NACIONAL







CÉSAR AIRA

**tres**  
**historias**  
**pringlenses**



*Colección Jorge Álvarez*

CÉSAR AIRA

**tres  
historias  
pringlenses**



Aira, César

Tres historias pringlenses. - 1a ed. - Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2013.

72 p. ; 15x23 cm. - (Colección Jorge Álvarez / Jorge Álvarez)

ISBN 978-987-1741-79-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título  
CDD A863

**COLECCIÓN JORGE ÁLVAREZ**  
**Biblioteca Nacional**

**Dirección:** Horacio González

**Subdirección:** Elsa Barber

**Dirección de Administración:** Roberto Arno

**Dirección de Cultura:** Ezequiel Grimson

**Dirección Técnico Bibliotecológica:** Elsa Rapetti

**Dirección Museo del Libro y de la Lengua:** María Pia López

**Dirección de Colección:** Jorge Álvarez

**Coordinación Área de Publicaciones:** Sebastián Scolnik

**Área de Publicaciones:** Yasmín Fardjome, María Rita Fernández,  
Ignacio Gago, Griselda Ibarra, Gabriela Mocca, Horacio Nieva,  
Juana Orquin, Alejandro Truant, Juan Pablo Canala

**Colaboración:** Juan Martín Sigales

**Diseño:** Carlos Fernández

2013, Biblioteca Nacional. Reserva de derechos

**Contacto:** ediciones.bn@gmail.com

Agüero 2502 - C1425EID

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

[www.bn.gob.ar](http://www.bn.gob.ar)

ISBN 978-987-1741-79-3

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723



# Índice

|                   |    |
|-------------------|----|
| <b>La Iglesia</b> | 11 |
| <b>La Sombra</b>  | 25 |
| <b>La Gallina</b> | 35 |
| <b>El Santito</b> | 51 |



# **La Iglesia**



El nombre Tomás recurre con frecuencia en las viejas familias de Pringles. En la nuestra está instalado desde un tío abuelo, y después mi padre, yo, mi hijo... Debe de estar en el santoral, más de una vez, y por supuesto está el apóstol, el que fue a predicar a la India, donde lo siguen adorando como uno más de los muchos dioses que conviven en esas tierras. Pero en Pringles la preferencia por el nombre no tiene que ver con los santos. Mal podría serlo en un pueblo de perfil laico temido por la arquidiócesis, cansada de mandar curas "a la perdición" de Pringles, donde terminan con barraganas y media docena de hijos, cuando no algo peor. Y sin embargo "Tomás" viene de la religión, o de un rincón legendario de la religión, un cuento, que hace sonreír a los pringlenses cuando oyen que alguien se lo cuenta a los niños. Para apreciar el sabor de esta leyenda habría que tener algunas lecturas patristicas, o de las variadas mitologías que en el curso de los tiempos han hecho florecer las creencias. Sin ellas, parece apenas grotesca. Pero aun a través del absurdo, de lo que se hace a un lado con desdén como fantasía sin objeto, sin más resultado que avivar la prisa por volver a lo concreto del día, se filtra un soplo de poesía, un torbellino de nada con el aroma del más allá, que, a fuer de sinceros, nadie en el pueblo percibe.

La misma sinceridad obliga a reconocer que si ese soplo envolvió a una iglesia construida con el oro de la Gracia, la iglesia real de Pringles, además de fea y contrahecha, es un trasto inútil. Sólo la costumbre la mantiene ahí frente a la plaza; aparte de las desiertas misas del domingo, y los rezos vespertinos del rosario de unas pocas viejas que no tienen otra cosa que hacer, se anima un poco de vez en cuando con una boda, otro hábito (que muere). Por dentro la austeridad espanta, y el exterior se cubrió del ocre sucio del clima. La economía estancada del pueblo distrajo siempre de los cuidados que solicitaban sus monumentos representativos.

De ahí debió de venir la fábula de que el pueblo no tuvo iglesia. Su iglesia estaba en el cielo, y en Pringles el vacío correspondiente, el

formato en hueco, el cascarón de éter celeste y agua bendita. Sin desarrollar el símil, porque no se molestarían en hacerlo, y sólo algún viejo profesor del Colegio Nacional reconocería la referencia, era como en los antiguos cultos de los druidas, que celebraban a sus divinidades en los bosques. Allá en el fondo de la llanura pampeana a los bosques habría que haberlos remplazado por cardos y gramíneas. Y aquí la ausencia era nada más que ausencia, la ausencia de sí misma, pues a los supuestos fieles no los transportaba ningún sentimiento más allá del cálculo de pérdidas y ganancias, en el difícil trabajo de cultivar la tierra y criar el ganado. Lo único que había quedado del viejo cuento era el cuento mismo, cuya patente inutilidad lo ponía al margen de su pensamiento. En todo caso, había quedado el nombre, como un hábito milagrosamente viviente.

Porque el protagonista de la historia había sido un cura llamado Tomás, el padre Tomás. Esto había pasado en tiempos remotos, “cuando no había iglesia en Pringles”: o sea en una época que nadie recordaba, ni había oído que recordaran los padres o abuelos. Un pasado sin límites a la vista, aunque estaba bastante cerca, pues gobernaban los conservadores, que compensaban su desconocimiento de la sensibilidad social con un distraído paternalismo y una marea de construcciones, porque al fisco le sobraba la plata y en algo había que gastarla. Los pueblos crecían al ritmo espasmódico de la meteorología chacarera. O al revés: desaparecían. Cuando la imaginación retrocedía tanto en el tiempo los hechos se volvían optativos, nebulosos, la figura negra del curita se pegaba sobre paisajes distintos.

El verdadero protagonista del cuento, el personaje humano (si es que al cura se lo remitía directamente a los estratos divinos de la información) era el Obispo Buenos Aires. Desde los oscuros palacios de La Plata administraba todos los pozos de luz divina de la provincia, y fue él quien mandó a Pringles (un Pringles recién fundado, o todavía no: estamos en el tiempo reversible de las leyendas) al padre Tomás. Iba como primer párroco, y con la misión de dirigir la construcción de la iglesia. El Obispo giraba los fondos, y recibía las cartas del cura reportando el progreso de la obra. La correspondencia hacía gala de un estilo medido, con ciertas torpezas de sintaxis, la caligrafía regular, perfilada, que el destinatario no se molestaba en releer. Las

misivas hablaban de los cimientos, los muros, los vitrales que traían los artesanos, los blancos mármoles; sobre un fondo indiferente, de cielos llanos y vientos cargados de hojuelas. Todo ello por la gracia del Señor. Regularmente los fondos arquidiocesanos iban al cobro en el Banco Provincia.

El Obispo Buenos Aires provenía de una familia ilustre, con ramificaciones tanto en la fe como en el gobierno. Un antepasado suyo había fundado la ciudad a la que le dio su nombre. Las responsabilidades patrimoniales no le habían impedido brillar en lo trentino como en el manejo de volúmenes de rara inspiración. En el siglo anterior, contando pocos años de Seminario, había iniciado entre los suyos colectas de beneficencia que capturaron por igual la imaginación del seglar y de la beata: reunir, con escafandras, los corales púrpura acumulados en las fosas del mar de la codicia. En esos términos se dio lugar a la creación de una senda propicia a la renta marginal de la ganadería. Sus dotes organizativas lo llevaron a la ciudad de las diagonales, donde ya no fue necesario crear recursos, pues estos brotaban con munificencia de imágenes.

Todo el drama sucedió en su conciencia, y a expensas de ella. El escenario del fuero íntimo de un intelectual cristiano estaba poblado de sumas teológicas contracorriente. Cuando su carrera terminó depositándolo en los espacios administrativos esas sumas pusieron sobre sus hombros responsabilidades a las que sólo apuntalaban creaciones superiores. Sus antecedentes echaban raíces en la fábula. No había conocido a su madre. Su padre, el viejo Buenos Aires, había visto dispersarse por el mundo a sus numerosos hijos, en incontables décadas de soledad. El Obispo, en su robusta vejez, seguía recibiendo intermitentes noticias de sus hermanos; él era el menor, los mayores debían de ser viejísimos y ya, desde hacía mucho, pertenecían a otras vidas. El padre por su parte sobrevivía inútilmente a su lado. La fortuna familiar se había disipado en fideicomisos eclesiásticos.

Un detalle de importancia era el del orden. Mantener cada cosa en su lugar, como en la casa de un ciego, era la prioridad, lo que en cierto modo equivalía a estar ciego, y fue algo que recordó con amargura llegado el momento. Ordenar las entidades abstractas, como viejas fotografías del presente, había terminado volviéndolo un trágico práctico.

Mientras tanto, en Pringles... El padre Tomás se hacía fama de santo entre los pobres. Con soberana indiferencia a la tarea que tenía asignada la plata que le mandaban la repartía entre los necesitados. Sin publicidad, en el silencio de la noche, derramaba a manos llenas el dinero que habría debido pagar el cemento y los mármoles. El espacio cedido por la incipiente Municipalidad para la erección de la iglesia seguía vacío, con el pasto originario.

Los pobres vivían la Pasión de la pobreza, como si estuvieran construyendo algo, en sus ranchos de adobe, en las densas noches de lluvia, bajo el calor de horno de un cielo sin nubes, en el viento que sacudía los árboles. Frío, hambre, enfermedades, eran las piedras con las que levantaban sus pirámides; la siempre renovada eternidad de la pobreza volvía intenso el tema; la intervención del curita providencial soltaba un pequeño resorte, como el de un reloj pulsera de la vida. Así pasó un año.

Los hados se precipitaron cuando el Obispo Buenos Aires fue a ver, y encontró que no se había comprado, y mucho menos puesto en su lugar, ni un solo ladrillo... Los dineros habían ido a los pobres de Pringles, que dieron testimonio al respecto. El curita era un santo. Santo o ladrón, según cómo se lo viera; la segunda opción era la que proclamaba el furioso Obispo, sacudiendo en el puño el haz de cartas donde su enviado le informaba periódicamente de una pared, un escalón, torre, campanario, altar... ¿Había mentido entonces? ¿Podía negarlo? Sí, lo negaba con mansedumbre: porque la Caridad erigía iglesias en el cielo. El Obispo consideró la metáfora fuera de lugar, y se enojó un poco más todavía. Salvo este detalle interpretativo, el padre Tomás no se defendió, como si su buena acción fuera la defensa anticipada y concluyente, o como si se guardara una carta en la manga. Su superior, sintiéndose estafado y humillado, caviló un castigo tremendo, como encerrar a este cura engreído en un sótano a hacer tareas de limpieza monástica, o mandarlo a Formosa; pero sin dar explicaciones a nadie, porque sería mejor que esta conducta no saliera a luz, no fuera el caso que inspirara a otros. Por lo pronto, urgía apartarlo de Pringles donde podía verse mal que se castigara al que tanta limosna había repartido. Ese baldío donde debía haber estado la iglesia, era una herida en su orgullo.



Las medidas disciplinarias se habrían postergado de todos modos, para darle tiempo al Obispo a elucubrar fríamente la clase de encierro y castigo que saciara su sed de venganza, pero fue otro hecho el que las suspendió: la muerte de su anciano padre, que había cumplido, según cálculos inexactos, ciento ocho años. Como una santa reliquia, se extinguía, entre síncope. Al regresar de uno de ellos, el anteúltimo, relató la siguiente visión que había tenido. (Esto se ha contado miles de veces, y lo bueno que tiene es que se sabe de antemano qué es lo que hay que contar: no se inventa sobre la marcha, ni después de una interrupción pensativa, mordisqueando el lápiz y con la mirada perdida, preguntándose cómo seguir, qué nuevo episodio inventar que sorprenda al lector y avive su interés, sin por ello apartarse demasiado del verosímil). Los ángeles, dijo, se lo habían llevado al cielo, y allí había visto una interminable hilera de iglesias que eran palacios; le dijeron que estaban habilitadas para que las almas de los bienaventurados pasaran en ellas la eternidad, gozando de todos los lujos y comodidades. Sin más, le sugirieron que eligiera una, y ya podía instalarse para iniciar su largo descanso. Deslumbrado, recorría esas avenidas, mirado las iglesias de oro y diamante, y le habría sido difícil decidirse por una si no hubiera sido porque al extremo de la fila vio la iglesia más bella de todas, rosa y blanca, con torres que se alzaban entre los astros, escalinatas de topacio y vitrales como el ala de la mariposa. La señaló, ebrio de felicidad, y se dirigía a ella, pero los ángeles lo detuvieron: no, en esa justamente no podía entrar porque tenía dueño. Con lágrimas de decepción el alma del viejecito muerto preguntó si no podía hablar con el dueño, y rogarle que le diera cobijo así fuera en el último rincón, que seguramente sería más bello y rico que la nave central de cualquiera de las otras iglesias. Los ángeles lo desengañaron, sin ocultar la pena que sentían por no poder complacerlo: era imposible porque el dueño seguía en el mundo de los vivos; por el momento a esa iglesia la ocupaba Santa Rosa de Lima que hacía de celosa guardiana en espera del legítimo ocupante, y con ella no se podía hablar porque era infusa. ¡Carajo! dijo el alma, que por su edad estaba más allá del Bien y del Mal. ¿Y cuándo vendrá el dueño? Los ángeles no lo sabían: se trataba de un hombre de edad, pero con buena salud, así que podía demorarse un buen tiempo. Todavía tenía mucho

bien que hacer allá abajo, porque era un Obispo, y sus trabajos... ¿Un Obispo? interrumpió el difunto. Sí, el Obispo Buenos Aires. Atónito al oír ese nombre, sólo atinó a decir que nadie le había dicho que el Obispo Buenos Aires había mandado a construir esta bella iglesia en las nubes. La explicación no se hizo esperar: el Obispo había puesto el dinero para hacer una iglesia, y en su nombre ese dinero se había usado para levantar la más sagrada de las construcciones: la Caridad. Tan bella como era esta iglesia era el gesto de dar al que no tiene, que se transmutaba en moradas celestiales. ¿Cómo creía si no que se había levantado esta Jerusalén cósmica? ¡Pero es mi hijo! exclamó el alma, ¡y un hijo no le negará al padre la entrada a su casa! Los ángeles, que ignoraban esta relación de parentesco, quedaron desconcertados un momento, aunque no más que un momento. Se miraron, y tras un breve conciliábulo telepático decidieron que el muerto volviera momentáneamente a la vida a recabar de su hijo el permiso...

Los que oían este relato en la cámara del moribundo habían caído de rodillas, y con lágrimas en los ojos murmuraban la palabra “milagro”, que no tardó en abandonar el susurro de la intimidad estupefacta para ser proclamada por todos en forma unánime. Milagro de la Caridad, la más milagrosa de las virtudes. La Iglesia del cielo llenó la imaginación de la gente en aquellos tiempos de fe sencilla, esencialmente poética. Pringles se consideró el asiento del milagro, porque allí estaba el vacío que había dejado el edificio no construido. Cada centavo dado a los pobres había sido un ladrillo en el cielo para erigir el más duradero templo, en la eternidad. La confirmación estaba en que lo había elegido Santa Rosa de Lima, que no casualmente era la patrona del pueblo. Los pobres mismos dieron testimonio: su hambre y su frío habían sido atendidos por el padre Tomás, había acudido con una puntualidad que ya de por sí tenía algo de milagroso, a aliviar una urgencia, una pequeña necesidad que para ellos era grande.

La historia llegó hasta ahí nomás, como una suerte de anécdota teológica, aislada, con el aroma de la fe primitiva, un toque de cuento de hadas, de fábula oriental, tan límpida como un cristal a través del cual se veía su argumento. No tuvo mucha difusión fuera de Pringles, lo que se explica: su ejemplo podría haber frenado las construcciones que la Iglesia necesitaba para su ministerio. Aunque no había mucho

peligro de todos modos, porque estas construcciones se llevaban a cabo en una realidad concreta, y la bella historia del amor a los pobres y los palacios de oro y madreperla en las nubes escapaba a esa realidad concreta: su argumento la negaba o vaciaba.

Tiempo después, algo que oyó al pasar hizo que el Obispo Buenos Aires comenzara a recapacitar. Tanto había oído hablar en el ambiente clérigo-monjil del famoso padre Tomás que lo referido a él ya no atravesaba las primeras capas de su atención. Pero en esta ocasión algo quedó, y fue tomando cuerpo en retrospectiva: ¿qué habían dicho que relacionaba al padre Tomás con su padre? Podía ser cualquier cosa, y además no recordaba dónde lo había oído. En todo caso, ¿el padre de quién? ¿Del padre Tomás, o el suyo, el del Obispo Buenos Aires? ¿O ninguno? El doble uso de la palabra “padre” podía ser responsable de la confusión. Aun así, no se lo podía sacar de la cabeza, quizá porque ya estaba anticipando toda la trama que saldría a luz tirando de ese hilo. Estuvo con la duda en un rincón del cerebro durante varios días y al fin, cansado de que lo siguiera molestando, preguntó. Supo entonces, para su asombro, de la conjunción que se había dado entre los dos “padres”, vale decir el padre Tomás y su propio anciano padre enfermo y con los días contados. El primero había sido el confesor y apoyo espiritual del segundo en sus últimas semanas de vida. ¿Por qué él no lo había sabido? Era culpa suya: demasiado ocupado con los asuntos de la curia había limitado a unas fugaces visitas aperiódicas, cuando se lo permitían sus tareas, al lecho del enfermo. Ni siquiera había sondeado en detalle el parecer del médico de la familia. Su padre, pasados los ciento cinco años, había estado viviendo tiempo de descuento desde hacía mucho, con diversos descarriamientos de salud que lo ponían una y otra vez al desgastado borde del fin, repetición que le había hecho perder urgencia a su agonía.

Los cierto era que sin que él se hubiera enterado y ni lo sospechara siquiera, el padre Tomás había estado viajando de Pringles una vez por semana, todo el año que duró su residencia en el pueblo, a pasar una tarde con el viejecillo. ¿Qué significaba esa conexión? No quiso pensar, pero de todos modos lo hizo, que el curita pudo estar llevando a cabo un trabajo de zapa en la mente debilitada del anciano. Podía haber estado contándole que al hijo del que estaba tan orgulloso (había

llegado a Obispo coadjutor), él le estaba construyendo una iglesia en el cielo. Y describiéndosela, preparando la alucinación. Lo pensó, pero no lo podía creer. Postulaba una deliberación diabólica, a priori fuera del alcance de un cura de campo. No obstante, una vez que la semilla estuvo plantada en su mente, no lo dejó descansar.

No lo dejó descansar hasta que con la excusa de una recorrida por las parroquias a su cargo se apersonó en Pringles. Le llevó unos pocos días, en el escenario de los hechos, reunir los datos necesarios para comprender hasta dónde llegaba el engaño (“hasta el cielo” podría haber dicho con ironía si su ánimo hubiera estado para chistes). En primer lugar, comprobó que los montos vertidos al socorro de la indigencia pringlense por el padre Tomás no llegaban a sumar ni el uno por ciento del presupuesto que le había girado para la construcción de la iglesia. El cálculo lo hizo en base a someros interrogatorios a los beneficiados, y a la regla de tres simple. Si a ellos les había parecido mucho era porque para ellos era mucho. Y porque no tenían modo de correlacionar unas cantidades con otras. Las de ellos eran siempre mínimas; los artículos de primera necesidad que adquirirían en los precarios establecimientos comerciales abiertos en sus barrios pobres tenían precios a su alcance; los costos de los mármoles y los bronces y los vitrales estaban directamente en otra dimensión. En tanto tales, el uno por ciento no era tan mezquino, era casi generoso. Por cierto que la Caridad era Caridad, de cualquier modo que se la hiciera; no era cuestión de porcentajes; pero no por ello perdían significado los porcentajes cuando se trataba de hacer las cuentas.

En el curso de su investigación observó como hecho curioso que los protagonistas mismos de la historia, en Pringles, ya la estaban olvidando. Los pobres ponían la mirada en la lejanía, rememoraban, y... sí, era cierto, una vez un cura bueno había acudido sin que lo llamaran, al ranchito, en medio de la noche, y les había dado dinero... sí, dinero contante y sonante... No, no lo pedía: lo daba. Qué raro. Ni ellos, habiéndolo vivido, terminaban de creerlo. Pero lo decían como si recordaran algo de otra vida, de otro mundo. Y a los que veían el baldío en la calle Carlos Pellegrini, frente a la plaza, y preguntaban por qué no había una iglesia ahí, les decían que la iglesia estaba en el cielo, lo que lógicamente era interpretado como una metáfora.

¿Entonces él era el único que le daba importancia, o urgencia de actualidad, de presente real, a lo que había pasado? No le gustaba sentirse aislado en esa posición, cuando algún pringlense se inclinaba a besarle el anillo episcopal. Se sentía, y eso era lo más incómodo, solo y abandonado en la realidad, mientras todos a su alrededor se habían transportado al mundo de los sueños. Una vida entera en el radio de la religión lo había habituado a la situación contraria. Era como si la creencia, alada y armada, se precipitara sobre él con una carcajada feroz, desde el cielo azul.

Haciendo a un lado estos resquemores, se abocó a averiguar qué había hecho entonces el cura delincuente con el dinero, con ese abultado noventa y nueve por ciento que no había beneficiado a los pobres. Las fuentes a las que recurrió fueron las fuerzas vivas, los almacenes de ramos generales, por los que pasaba toda la economía del pueblo. Representantes de las familias Alfano, Izarra, González, propietarias de los tres principales, no le escatimaron información. Para la mentalidad práctica de estos hombres, no había nada de ilegal en los escamoteos del cura, y habían quedado tan satisfechos del trato que acudían espontáneamente al Obispo en términos de encomio y agradecimiento por haberles mandado un socio con el que daba gusto hacer negocios. El Obispo no daba crédito a sus oídos. El capital birlado a la luz del día había ido a una maniobra que le hizo sangrar el corazón. Se la explicaron los almaceneros Alfano, los dueños del almacén El Arco Iris, y para hacerlo más doloroso se lo contaban con orgullo y entusiasmo. El padre Tomás, ese benefactor caído del cielo (ellos creían que todo lo había hecho siguiendo las directivas del Obispo) había puesto los fondos para iniciar un sistema de anticipo de capital de trabajo para chacareros del partido. Había sido una verdadera revolución, que ampliaba de golpe la dimensión agrícola al articularla con el comercio: era como si el campo entrara a la ciudad, cargado de bienes, y la ciudad extendiera sus brazos a la llanura. Una creación de riqueza, en suma, que había estado esperando que viniera su Mesías para echarla a andar. Lo único que les extrañaba era que no se hubiera hecho antes, mucho antes, desde el comienzo del mundo. Era tan simple, tan evidente. ¿Por qué no había sido creado el mundo con este mecanismo ya instalado en él, como había sido el caso de la Ley de Gravedad?

El dinero que se le anticipaba al productor rural le permitía afrontar los gastos de semilla, maquinaria, sueldos, transportes y gastos familiares. Cuando levantaban la cosecha, o vendían la hacienda, restituían en la medida de su capacidad lo que habían recibido, y pedían más. Aunque contarlos así era esquematizar burdamente una operatoria que en los hechos tenía una delicadeza casi cortesana, de concierto de Mozart. La gracia suprema del asunto estaba en que el dinero se hacía abstracto, se volvía cifras, se podía vivir sin él. Los adelantos se entregaban con largueza, sin regateos, y nunca se exigía un pago determinado en ninguna fecha determinada; el método funcionaba con amortizaciones ad libitum y prórrogas flexibles, y los chacareros, como con un juguete nuevo, se engolosinaban. ¡Pero los intereses eran razonables, moderados, transitables! ¡Eso no le quitaba el sueño a nadie! Ni siquiera era necesario cobrar porque el grueso de los insumos del deudor provenía del mismo Arco Iris, de modo que las entradas y salidas eran apenas números que se trasladaban de una columna a otra. Una cosecha perdida, antes fuente de lágrimas, se volvía apenas una duplicación de la deuda y composición de los intereses; la sequía, la langosta, el paso implacable de la roya, se habían sublimado en operaciones contables. Lo mismo todos los demás ciclos. Se formaba un vínculo inexorable con el chacarero enganchado a sus generosos prestadores prendarios (lo que con el tiempo daría origen a la leyenda de Los Colgados del Arco Iris). ¡Y podían gastar todo lo que querían! Todos ganaban, porque el consumo se aceleraba, Pringles entraba en una espiral de crecimiento.

Quizá no era tan simple y evidente como lo pintaban. Quizá ni ellos mismos entendían del todo lo que habían puesto en marcha por inspiración e iniciativa del cura providencial. El Obispo, por su parte, no entendió ni la mitad, y en su mente quedó resonando con ecos ominosos la palabra “usura”.

Volvió a La Plata menos escandalizado que perplejo. El cinismo del curita lo superaba. Con el cuento de la iglesia en el cielo le había atado las manos. Su desconcierto obedecía a que tenía enfrente una manobra que sucedía al mismo tiempo en dos planos distintos: el de la fábula oriental, con ángeles psicopompos y palacios aéreos, y el de un realismo contable, con la codicia de vuelo bajo proveyendo los detalles

de color local. ¿Cómo era posible, se decía, que un hombre pudiera calzarse dos zapatos tan distintos? Era como si hubiera sacado provecho de la imaginación tanto como de la falta de imaginación. Tenía algo de diabólico, pero el Diablo era humano: era un caso de inmanencia sobrenatural. Buscó en el fondo de su corazón, donde debían de estar las respuestas. A veces la víctima sabía más que el victimario, el estafado que el estafador. Porque el primero era el que incorporaba el golpe, lo hacía suyo y empezaba a vivir con él. Y cuando se decía “¿cómo pude ser tan ciego?” la ceguera brillaba dentro de él como un Sol, como la Luna, como el diamante en el que se habían hundido todos los diamantes. Si hubiera estado en otro siglo no habría vacilado en condenarlo a la hoguera. Tal como estaban las cosas, no podía hacer nada. La Caridad en cuyo nombre se había perpetrado el crimen lo cubría como un manto inexpugnable. La Caridad, y la leyenda en la que se montaba la Caridad. Echó tierra sobre el asunto y dejó que el tiempo hiciera su obra.

Pasaron los años. Con su paso lo que había sucedido se reintegró al orbe platónico de las ideas. Todo lo del padre Tomás se olvidó, menos su nombre, que quedó como una vieja costumbre sin usar. Vagos informes de un pueblo en la llanura, llegaban de vez en cuando a una Curia en ruinas, en la ciudad masónica. ¿Tanto se había necesitado, todo ese largo giro, tan largo como que uno de sus brazos llegaba al cielo, para hacer verosímil el mito del origen del Crédito? Un mito no necesita ser verosímil. Y la prosaica realidad del comercio parece no necesitar de la poesía de los viejos cuentos. Los chacareros perpetuamente endeudados, a pesar de todo vivían, creaban riqueza, la derramaban sobre la tierra. El único lunar en este panorama feliz eran los pobres, que seguían siendo tan pobres como al principio, pero guardaban en secreto el tesoro de una posibilidad: la del crédito, el tesoro de la deuda, que era infinita. El verdadero milagro es que las cosas funcionen, y que la sociedad no se desintegre en el caos.





# **La Sombra**



–La Luna es buena –me decía Omar, y los dos la mirábamos, yo preguntándome por qué habría dicho algo tan inesperado, él seguramente esperando que se lo preguntara. Estaba justo frente a nosotros, a media altura sobre el patio de Astutti, recortada en el negro compacto del cielo. Un poco más arriba el río de estrellas, que habíamos estado mirando, haciendo alardes de astronomía infantil. La oscuridad era completa. Debía de ser una de esas noches de verano en Pringles, cuando las familias salían a la vereda a tomar el fresco, los vecinos charlaban, los chicos jugábamos. En aquel entonces la electricidad conservaba algo de novedad, nuestros abuelos habían vivido sin ella; nuestros padres, si habían nacido en el campo (era el caso de los míos) habían pasado la infancia sin electricidad, y en el campo todavía seguían iluminándose con el Petromax o Sol de Noche (en casa teníamos uno, por si acaso). El respeto que se le tenía al “hada Electricidad”, y la idea de que era carísima, hacía que apagáramos todas las luces que no fueran estrictamente necesarias. De modo que cuando salíamos a la vereda de noche apagábamos todo, la casa quedaba en tinieblas, igual que todas las casas de la cuadra. Los faroles de las esquinas también estaban apagados; los prendían desde el Palacio Municipal a las diez de la noche, pero para entonces ya estaríamos durmiendo. De todos modos eran unos macilentos focos amarillos, uno por esquina, que apenas si interferían con la oscuridad. Esta se transfiguraba. Aun para alguien que le tenía tanto miedo como yo, en esas ocasiones la encontraba amigable, hasta protectora. Y si en las carreras que corríamos veía huecos de profunda sombra donde podían agazaparse esos seres imaginarios que solían acecharme cuando yo vigilaba desde la cama, el único despierto de la casa en la madrugada, los desafiaba con fatuidad, soltando una risa.

–¿Por qué?

–Porque donde voy yo ella me acompaña.

No es imposible, aunque no lo recuerdo, que me haya sentido vagamente celoso, invadido en mi especialidad. Porque de los dos yo era el

de la imaginación y la invención, Omar se limitaba a aceptar mis ficciones, que en general yo adaptaba de algo que había leído o visto en el cine. Él nunca proponía nada nuevo, pero al hacerlo, en ese momento, iba mucho más lejos de lo que yo había ido nunca. De hecho, me hacía ver por comparación que mis invenciones eran todas parecidas, eran siempre las mismas, y mi jactancia de director de juegos y creador de historias era un tigre de papel. Omar daba un salto, desde su modestia de chico callado y razonable, a la Luna, nada menos, desde la hondura de un pensamiento que había estado actuando, tranquilo, observador, a un costado de mi exuberancia de pavo real del intelecto precoz.

Me dijo que me lo demostraría, y lo hizo. Miramos la Luna, tomamos su posición estirando un brazo: estaba justo frente a nosotros.

—Ahora vamos para allá.

Caminamos veinte pasos hacia la derecha y nos volvimos a plantar de cara a la calle. La Luna estaba frente a nosotros igual que antes, ella también había dado veinte pasos a la derecha. Estiré un brazo hacia ella, como la recta trazada a lápiz en el cuaderno, con la regla, para poner encima después el transportador y medir el ángulo. Debería haber tenido una ligera inclinación hacia la izquierda, pero no, eran los noventa grados clavados.

Había que seguir experimentando. Era demasiado bueno para quedarnos con eso nada más.

—¿Vamos hasta la esquina?

—Vamos.

Salimos corriendo como galgos; íbamos a todos lados corriendo. Al llegar, lo mismo. Allí la Luna había quedado atrás del árbol gigante de lo de Perrier, un enorme triángulo negro que subía hasta el cielo. Era el árbol más grande de Pringles, y el objeto más grande que yo hubiera visto, porque era más alto que cualquier casa del pueblo, alrededor del cual no había montañas. Pero nuestra amiga la Luna se veía a través de las ramas, y otra vez estaba ahí, delante de nosotros.

Volvimos a probar, de una esquina a otra, saciando nuestra necesidad de movimiento, y Ella, calma, inmóvil, nos seguía, quizás irónica, riéndose para sus adentros de esos dos chicos tontos que querían atraparla en falta, distraída, retrasándose incapaz de seguirnos el ritmo. Pero en realidad no queríamos tal cosa. La queríamos ahí, puntual,

siguiéndonos. No creo que fuéramos tan ingenuos como para creerlo de veras. Debíamos de tomarlo como ficción, como un cuento en el que la Luna era el ayudante mágico de los niños perdidos, o algo por el estilo. Su brillo suave, de una dulzura infinita, volvía aterciopelada la oscuridad de la noche, la acercaba y hacía que nos envolviera y nos protegiera. Y a la vez que nos transportaba en su ensueño nos devolvía a la realidad: no estábamos perdidos en el desierto, sino entre nuestros padres y hermanos y vecinos, con la dicha de poder jugar todavía un rato más, mientras los grandes charlaban, antes de ir a la cama.

El reverso de este idilio nocturno eran los terribles mediodías del estío. Un Sol que quemaba nos obligaba a buscar refugio en los sitios más insólitos, pero ninguno estaba exento de una claridad excesiva, un fulgor ardiente, inhumano. Yo siempre estaba solo a esa hora. Los chicos del barrio respetaban la siesta obligada. Las madres le temían a la insolación, la mía también pero yo me escapaba. No sabía por qué lo hacía, pero no podía evitarlo, era una compulsión, dolorosa, inexplicable. Mamá salía a la calle a buscarme, me llamaba, se quedaba largo rato bajo el rayo del Sol que le hacía mal, yo estaba escondido, la angustia me apretaba el pecho, por ella, por mí, pero no me rendía. Cuando al fin lo hacía ella y entraba a casa, derrotada, yo habría debido sentirme libre y contento de haberme salido con la mía, pero era todo lo contrario. No tenía nada que hacer, ningún lugar donde ir, mis amigos no estaban, esa luz centelleante parecía borrarlo todo. Entonces conocía el horror del blanco. Me agobiaba una tristeza superior a mí, un vacío. Si hubiera sabido cómo decirlo habría dicho “quiero morirme”.

Para ilustrar ese horror, y ese deseo, los pringlenses teníamos una fábula, que se llamaba La Sombra Dominante. Era una historia larga de contar, porque sus detalles circunstanciales podían seguir acumulándose al infinito, y lo hacían de verdad, no hasta el infinito propiamente dicho, pero cerca: la invención, aun cuando estaba a cargo del narrador menos imaginativo, encontraba un campo fértil en la trama; bastaba tocar las semillas puestas en la fábula para verlas florecer en episodios novedosos, y ver con qué fuerza electrizaban la sensibilidad del oyente. Grandes y chicos, todos la habíamos oído al menos una vez, y todos volvíamos a identificarnos y sentir la misma

inquietud desesperada y buscar una liberación que ingeniosamente el cuento nos negaba. En resumen se trataba de lo siguiente: un día, la sombra de un gaucho tomaba el mando, era ella la que decidía adónde ir y qué hacer; su ex amo y señor, el cuerpo, debía seguirla y obedecer a cada uno de sus movimientos y ademanes. Es decir, había una inversión de roles, que le revelaba al que nunca se había parado a pensarlo la severa e implacable dependencia a la que tenían sometida los hombres a la sombra. Era algo así como una venganza, y terrible, a la larga fatal. Inmune al agua, al fuego, a las caídas y embestidas, infatigable, flexible, la sombra podía someter al gaucho que la proyectaba a las pruebas más extremas. Lo mataba al fin, aunque no sin antes hacerle sufrir un penosísimo calvario. Y además de penoso muy prolongado, pues la sombra quería vivir y no podía hacerlo sin el cuerpo vivo de su esclavo. De modo que se las arreglaba para que el gaucho afectado aguantara todavía un poco más, a la extenuación de locas carreras a campo traviesa que duraban días enteros, o a danzas que lo descoyuntaban, o a largas jornadas sin comer ni beber. Eso no era vida, para su víctima. Llegaba a desear la muerte, para acabar el suplicio; pero no podía clavarse el puñal en el corazón si la sombra no lo hacía. Era una enemiga astuta y sádica, que aprovechaba todas sus ventajas, y no daba tregua si no era para preservarlo con vida o alentar en él falsas esperanzas que harían más dolorosa la continuación del tormento. En este rubro de crueldad refinada, un truco particularmente maligno era aplacarse de pronto, una mañana: el gaucho se despertaba, movía la cabeza, la sombra movía la suya, un pie, el cuerpo entero, se ponía de pie, balanceaba los hombros, miraba con maravillada incredulidad la larga sombra a sus pies, manteniéndose de espaldas al Sol naciente, levantaba un brazo con precaución, la sombra hacía lo mismo, como en los viejos tiempos de la normalidad, que ahora le parecían tan lejanos, se ponía de perfil, daba un paso, otro... ¡Sí! El hechizo se había roto, volvía a ser el dueño de su cuerpo, de sus movimientos. Sus plegarias habían sido escuchadas. En su rostro ajado por la adversidad una incrédula sonrisa combatía con las lágrimas. Quería correr hacia los suyos, abrazar a su mujer, a sus hijos, a sus ancianos padres, a todos los que se habían alejado de él con horror, conmiseración y miedo (porque la sombra no se había privado, macabra bromista, de

obligarlo a liarse a trompadas con sus seres queridos). Y allí partía, a recuperar su vida perdida ahora que la pesadilla había terminado. Pero de pronto, cuando ya su euforia había tenido tiempo de madurar, notaba que uno de sus dedos, el meñique de la mano izquierda, empezaba a hacer movimientos sin que él se lo pidiera, se torcía, daba golpecitos en la palma, se separaba, se paraba en ángulo como el de una señora sosteniendo la taza de té... El corazón se le helaba de espanto, y al punto echaba atrás la cabeza, no porque quisiera hacerlo sino porque la sombra estaba haciéndolo, y poniéndose de costado para que pudiera verse con claridad cómo abría grande la boca en una estruendosa carcajada muda a la que lo obligaba, aunque lo último que quería hacer en ese momento era reírse: era ella la que por su intermedio festejaba la burla. Lo había hecho caer en la trampa. Para hacerle pagar esos momentos de ilusión, como si no fuera suficiente con la amargura de saber que había sido pura ilusión, lo hacía correr todo el día por las pampas sin límites, entreteniéndose en hacerlo tropezar de vez en cuando y coreografiándole unas caídas acrobáticas que lo llenaban de moretones.

La simetría de la inversión que se había producido no era perfecta. Porque en la situación normal, con el gaicho al mando de su cuerpo y sus acciones, y la sombra siguiéndolo puntualmente en todos sus movimientos, él no pensaba en ella ni para bien ni para mal, vivía su vida, hacía sus trabajos, y podía pasar años sin advertir que tenía una sombra a sus pies. En cambio ella, cuando el hechizo le daba poder no parecía tener más propósito que torturar al gaicho, declararle una guerra a muerte en la que ella llevaba todas las de ganar. Por la ventaja mágica con la que contaba, no era un combate, sino pura hostilidad en acción, y de la mala, la que busca el lugar que más duele antes de golpear, la que calcula cómo y cuánto el sufrimiento psíquico puede potenciar el sufrimiento físico. ¿Por qué tanta saña? ¿Venganza? ¿Pero si el gaicho nunca le había hecho nada! ¡Si ni siquiera había estado consciente, salvo aislados y breves lapsos de atención, de la existencia de su sombra! Aunque, pensándolo bien, la indiferencia podía ser más cruel que la crueldad. Él no había pensado en ella, es cierto, pero aun sin ninguna mala intención la había arrastrado entre piedras y espinas, la había metido en el fuego y en las vísceras sangrantes de una

res (cuando carneaba, con el sol a la espalda), la había deslizado por la escarcha en invierno, por las arenas ardientes de los cangrejales en verano, obligándola a quebrarse y torcerse y estirarse, o a bailotear sin descanso si se le ocurría sentarse frente al fuego. Y si se daba la ocasión, o la posición, hasta le meaba encima.

De modo que la hipótesis de la venganza no podía descartarse. Pero había algo mucho más intrigante: ¿con qué mente pensaba la sombra?, ¿qué cerebro usaba para maquinarse esa venganza, si era tan evidente que cerebro no tenía, al ser el cerebro un objeto volumétrico, que necesitaba de las tres dimensiones para el contacto multilateral de transmisores y receptores neuronales? Y además, al carecer de espesor carecía de peso, y era discontinua. ¿Cómo podía pensar un ser semejante? Como única y tenebrosa respuesta asomaba la sospecha de que utilizaba la mente del gaucho. Había una sola mente, y era la de él.

Fuera como fuera, dentro de él seguía actuando el pensamiento, quizá para su mal; porque si se hubiera transformado en un instrumento ciego e inerte de su sombra (como ella lo había sido de él hasta entonces) no habría sufrido tanto. El pensamiento le dictaba recursos para resistir, que no faltaban y no eran tan impracticables. Después de todo, la sombra, aun dotada por la brujería de un poder irresistible, tenía en su naturaleza mismas debilidades que podían aprovecharse. Por lo pronto, la sombra no existía si no había una fuente de luz dando sobre el gaucho. De modo que evitando la luz se acababa el problema. Parecía fácil, pero no lo era tanto, en parte por la omnipresencia de la luz, en parte por la astucia diabólica de la sombra enemiga. No necesitaba una fuente de luz muy potente o definida. Con la más difusa luminosidad de un día nublado y el manchón gris claro que se volcaba en el suelo ya podía arrastrarlo, aun con esfuerzo, venciendo la resistencia desesperada del gaucho, a un sitio donde ella pudiera definirse y entonces sí tomaba el mando pleno. De noche, la Luna era casi tan delatora como el Sol, y en las noches nubladas ella, que parecía tener una estación meteorológica incorporada, lo conducía con la última luz del día hasta las cercanías de un poblado donde quedara algún farol encendido. Las más de las noches, empero, lo había obligado antes de la puesta del sol a recoger abundante bosta



seca de vaca, el único combustible disponible en esas latitudes, con el que encender un fuego que duraba hasta el amanecer (y era una noche de baile de San Vito sin pausa). O, más fácil, lo extenuaba con carreras frenéticas de modo que durmiera, comatoso, todas las horas de oscuridad.

Si a la víctima, en las garras de la angustia, le hubiera sobrado un poco de calma como para contemplar objetivamente la situación, podría haber admirado la habilidad de la sombra para “manejarlo”. La ayudaba su flexibilidad portentosa, la velocidad de relámpago oscuro que le daba su falta de peso y de volumen. ¿Qué mente superior era la que podía calcular instantáneamente a qué movimiento de su silueta quebrada por la imprevisible superficie de las cosas obedecía la gesticulación correspondiente del cuerpo del gaucho? Quizá no era tan difícil; quizá se hacía por una suerte de automatismo, de “instinto”, si tal palabra era aplicable a una sombra (pero una sombra que había adquirido vida y voluntad). Aunque no podía ser tan fácil, porque había que tomar en cuenta la permanente inversión de la simetría. Era como trabajar con el negativo de los moldes, previendo al detalle lo que saldría, y de a mil moldes por minuto. O quizás ella lo hacía al azar, sin buscar exactitudes, total lo único que le importaba era producir un máximo de malestar al que había sido su amo y ahora era su esclavo.

Esclavo para siempre, porque no había vuelta atrás. Era una condena de por vida, una condena a muerte. La sombra desencadenada se lo llevaba al gaucho, lo arrancaba de la comunidad, en la que había vivido hasta entonces, y a la que no regresaría. El mundo del gaucho era rudimentario, primitivo, un mundo de penuria, explotación y humillaciones. En el orbe rural argentino el gaucho era el último orejón del tarro. Pero el exilio forzado embellecía retrospectivamente esta situación indigente, a expensas de una nostalgia intolerable. Lo poco que había tenido le parecía mucho desde la perspectiva de su miseria actual. Y no era para menos porque ese poco había sido todo para él, y lo había perdido. Había perdido todo. Su ranchito de adobe, su zaino, el apero, el poncho, la mujer, los hijos... Hasta lo malo extrañaba: la pobreza, las vejaciones del patrón y la policía, los malones. Y más, mucho más que eso: antes él había sido una figura de la realidad (no

CÉSAR AIRA

había sabido apreciarlo en todo su valor, lo había dado por sentado, como que había nacido en ella), después del “fatal accidente” de caer en poder de la Sombra se había vuelto un monigote de un cuento, un ser de existencia incierta, sujeto a la suspensión momentánea de la incredulidad, salvo que para él, desde adentro del cuento, no era momentánea sino definitiva.

# **La Gallina**



Las fábulas y moralejas de la Inteligencia estaban a la orden del día en Coronel Pringles. A los chicos nos inculcaban sus beneficios con una insistencia francamente exasperante. Había que ser inteligente, no era optativo sino necesario, imprescindible, obligatorio. A las demás virtudes que podían hacer a un buen ciudadano o a un buen padre o madre de familia se las consideraba secundarias y derivadas de la Inteligencia. Sin ella la Humildad, la Compasión, la Valentía, no servían de nada, hasta podían ser contraproducentes. De ella se derivaban de modo automático e infalible la Prosperidad y la Felicidad. Reina de la Vida, reina del Mundo, vencedora del Tiempo y el Espacio, panacea universal, la divina Inteligencia se alzaba en majestad, aplastando con su sandalia de oro a la serpiente del Fracaso.

Esta figura alegórica, me temo que habría sonado artificiosa y un tanto ridícula en aquel entonces. El encomio de la Inteligencia se hacía en términos mucho más concretos. La mentalidad pringlense era eminentemente práctica, no condescendía a disfrazar la realidad para hacerla más llevadera. Quizá porque no lo necesitábamos: tierras ricas, una naturaleza complaciente y una sociedad acomodaticia aseguraban el sustento de todos y la satisfacción de cada uno. Pero justamente por este conservadurismo se hacía importante la Inteligencia, porque el paso en falso nunca era tan dañino como en un régimen establecido de antiguo. Divinidad omnipotente y universal, aun así la medían sobre el fondo estrecho del horizonte pueblerino.

Esta religión civil no carecía de ambigüedades. No quedaba claro si lo que se nos predicaba era tener la Inteligencia, o admirarla en quien la tuviera. Porque nunca se hablaba de cultivarla; habrían puesto en apuros al que le preguntaran cómo se la podía promover o desarrollar. Primaba más bien un cierto fatalismo: se nacía inteligente, y tan alto era el precio que se le daba que no había más remedio que pensar que se trataba de un don del cielo, y como tal sumamente excepcional. Se la veía de lejos, se atesoraba su eco lejano. Lo que le tocaba al ciudadano común no podía ser más que una migaja, pero preciosa. La

consigna parecía ser: “con la que tengo me arreglo”, confesión implícita de que no se necesitaba mucho para salir adelante en el reducido orbe agrocomercial de Pringles.

Sea como fuera, el mito de la Inteligencia actuaba con fuerza en la conciencia de los niños del pueblo. Tanto nos machacaban con ella que se nos hacía imposible ignorarla. Podíamos reconocerla y aislarla de entre los muchos rasgos mezclados de la conducta. Sabíamos lo que podía, y ese poder lo sentíamos en nosotros mismos, las más de las veces asociado a alguna especie de irritación, de sublevación contra el prójimo y el mundo. Era lo que me pasaba frente a mi abuela, una señora que hablaba y actuaba de modo bastante normal, pero en ocasiones daba prueba de la más patente falta de Inteligencia. Si me pusiera a contar las veces que lo demostró, estoy hasta la noche. Pero no tengo más remedio que contar algo si quiero hacerme entender. Y realmente lo quiero, porque la enseñanza que recibí sigue motorizando mi necesidad de hablar y ser claro. Mi abuela actuaba en mí como esas sustancias químicas de contraste; me mostraba lo que debía ser la inteligencia cuando salía a luz; esto último, que saliera a luz, no era contingente sino definitorio, ya que la exhibición de la inteligencia y la inteligencia son lo mismo. El diálogo con la inteligencia es explicativo, uno quiere que los demás vean con la misma claridad con la que uno está viendo, y no es tan fácil conseguirlo: la luz debe combatir contra tenaces oscuridades que nunca se dan por vencidas. Lo probé con mi abuela: quería hacerme entender por ella, no porque quisiera educarla o transformarla, sino sólo porque yo entendía, para mí era tan claro y evidente, y encontraba tan bella esa transparencia intelectual que no soportaba que la contaminara el error ajeno. No me importaba tanto la verdad como su estética; era gratuito, como sigue siéndolo en este momento en que lo escribo, y no puedo evitar seguir aclarando por medio de ejemplos y alegorías, razones, silogismos, historias aleccionadoras. Creo que esa pasión por hacerme entender, que ha afeado todos mis libros sobrecargándolos de explicaciones, proviene justamente de la posición en que me ponía mi abuela, de la cruel frustración de no hacerme entender en asuntos de una simplicidad francamente grotesca. No podía ser. Era como si habláramos idiomas diferentes. De ahí debía de venir mi fascinación

por su figura, el hechizo con el que me había vuelto su esclavo, y su paradójico adorador.

Una vez... (Estas historias me las he contado a mí mismo mil veces, no sé si como exorcismos o como modelos. Me pregunto si el fondo irreductible de malentendido que tienen no habrá sido la matriz de todo lo que he escrito. Y de paso, lo que le ha dado a todos mis libros ese falso humorismo que tanto deploro). Una vez salíamos de la casa de su hermana, mi tía abuela Filomena, que vivía en el Boulevard 25 de Mayo, la única avenida asfaltada de Pringles. Allí las veredas eran el doble de anchas que en el resto de las calles, lo que creaba la impresión de que la cuadra era más larga. Impresión totalmente ilusoria, porque el plano de Pringles era un damero estricto, con manzanas cuadradas de cien metros de lado, sin ninguna variación. Pero cometí la imprudencia de decirlo en voz alta: aquí las cuadras parecen más largas, ¿no? Mi abuela no se hizo rogar para recoger el guante: ¡Es que son más largas! Deben de tener... a ver... Miró de una esquina a la otra, calculando a ojo de buen cubero, y pronunció el resultado: mil metros. La enormidad del disparate me dejó sin palabras. Cuando reaccioné, puse en marcha el ya conocido proceso de hacerla entrar en razón. No sé para qué me molestaba. Yo tenía diez años, razonaba como cualquier chico de esa edad, no podía comprender que alguien no comprendiera lo que yo había comprendido. Fue inútil que le mostrara las calles que cortaban la avenida, los ángulos de noventa grados, que se lo diagramara con las baldosas cuadradas que pisábamos; ya suponer que medían ciento diez metros habría sido un error patente, las calles se habrían salido de escuadra, habrían corrido en diagonal, no habrían coincidido en las esquinas. Con un solo metro de más habría pasado eso. ¡Pero mil! Mil metros eran diez cuadras, prácticamente el pueblo entero. Todo fue inútil. Subió al auto diciéndole a mi abuelo que había observado, con su reconocida perspicacia, que allí en el Boulevard las cuadras eran más largas, y que ella les calculaba, así a simple vista, sin ponerse a medir porque no valía la pena... mil metros. Yo me desesperaba en el asiento de atrás, creo que hasta lloraba de rabia e impotencia.

En el auto precisamente, se producía el error que más me irritaba. Cuando el auto tomaba velocidad, y mi abuela iba con el vidrio de

la ventanilla bajo, al sentir el aire que le daba en la cara decía: Qué viento se ha levantado. Por supuesto que no había nada de viento, o soplaba en otra dirección: el aire que ella sentía era efecto del movimiento del auto; y si este iba muy rápido ella exclamaba ¡Pero qué viento bárbaro hay! Yo me volvía loco tratando de explicarle, pero era inútil. Y no es que fuera la primera ni la segunda vez que se subía a un auto, al contrario. Corpulenta, pesada, perezosa, la habían llevado en auto toda su vida, su marido, sus hijos, sus yernos. Pero no había aprendido ni parecía que fuera a aprender nunca. Yo no lo soportaba. Cada vez que subía al auto con ella era lo mismo. Le señalaba los árboles, con todas sus hojas perfectamente inmóviles; ella no asociaba. Cuando bajábamos le decía, con pesada ironía: Paró el viento, ¿no? Asentía, tan tranquila, impermeable a mis explicaciones, que debía de tomar como cháchara infantil, como un juego en el que intentaba hacerla participar. Supongo que los demás adultos que presenciaban estos intercambios debía de pensar que ella me estaba tomando el pelo, que lo decía en broma para hacerme enojar, o para que yo me luciera con mis conocimientos. Pero no era así. Muchos otros hechos, cotidianos, me aseguraban que se debía a su increíble, insondable falta de Inteligencia.

¿Cómo podía funcionar en la vida? Y funcionaba, no sólo en la familia, de la que era la matriarca y déspota indiscutida; era una de las damas más prominentes de la sociedad pringlense, esa misma sociedad que valoraba tanto la Inteligencia. Estaba en todos los comités, juntas y comisiones directivas, de Beneficencia, Socorros Mutuos, Cultura. Una vez, contando una de esas reuniones, se quejaba de lo mucho que fumaba alguien que se había sentado a su lado: la había asfixiado con el humo. Había fumado, decía, un atado entero, lo que suscitó incredulidad entre los que la oían. Un atado contenía veinte cigarrillos, y si la reunión había durado poco más de una hora, ni la más eficiente máquina de fumar podría haberlo hecho. ¿Ella los había contado? No, pero podía dar fe de lo que decía por una prueba irrefutable: lo había visto arrugar y hacer un bollo al atado vacío. Ahí intervine yo: tenía derecho a hacerlo por ser su nieto favorito. El atado podía contener dos o tres cigarrillos al comenzar la reunión. Podía haber tenido uno solo. Se me rió en la cara. ¡Uno solo! ¡Semejante fumador vicioso!



Le dije que no importaba su reputación de fumador, que yo no lo estaba defendiendo ni justificando, pero que terminara un atado en un momento dado no quería decir que lo hubiera fumado todo en la hora previa. Me parecía tan evidente... Ya debería haber aprendido que cuanto más evidente me pareciera algo, menos me haría entender por alguien que no lo encontrara evidente de entrada. Le pregunté si lo había visto empezar el atado. Respondió que había visto algo mejor: lo había visto terminarlo. La dejé en ese punto, completamente convencida de que el sujeto de marras había fumado veinte cigarrillos en una hora. Me rendía, no porque quisiera rendirme, sino porque era inútil. Y además... porque me había asaltado, a nivel inconsciente, la sospecha de que ella no era la única entre los presentes que no entendía. Quizás el único era yo... Esas discusiones, que en realidad no eran discusiones, yo las proseguía durante horas, días enteros, en mi fuero interno, afinando mis réplicas, formulando mis razones de modo más conciso y elocuente, convenciéndome definitivamente a mí mismo, y a nadie más que a mí mismo.

En esta socorrida cuestión de la Inteligencia había otra falla, a la larga más grave porque implicaba una devaluación del concepto, si es que había un concepto en juego y no se trataba de una palabra nada más, una palabra hueca. Quizás el motivo estaba, paradójicamente, en la importancia que se le daba, en lo presente que estaba en la conciencia de todos. Usaban demasiado la palabra, les gustaba pronunciarla, no sé, los haría sentir inteligentes. Del peor alumno de la escuela decían: "Saca malas notas porque no estudia, pero ¡qué inteligente es!". De uno que había quedado en la miseria: "Es muy inteligente, pero tuvo mal ojo para los negocios". De una vecina: "Es una charlatana insostenible y dice puras estupideces, qué raro, ¿no? Porque inteligente es inteligente". Yo me preguntaba: "¿En qué quedamos?". Faltaba poco para que dijeran: "Es un idiota, pero es inteligente".

Estos claroscuros de la pedagogía en sus choques con la realidad no afectaban tanto como puede parecer el núcleo de la cuestión. Yo, lo mismo que todos los niños en edad y condiciones de recibir el mensaje, no estaba preparado para aplicarles a los adultos el socorrido "Haz lo que yo digo, no lo que yo hago". Lo que se decía seguía prevaleciendo, en un estadio puramente lingüístico.

A esto contribuía el curioso desfase producido por la enseñanza mediante historias. La Inteligencia, por su naturaleza misma, debería haberse inculcado mediante razones. Yo mismo comprobaba, con los “casos” de mi abuela, que las historias siempre ilustraban, y no podían ilustrar otra cosa, la falta de Inteligencia, dejando a esta en su condición de sombra proyectada o reflejo invertido.

Las historias servían para ejemplificar las virtudes morales. Para hacerle apreciar a un niño la superioridad de la Verdad sobre la Mentira, por ejemplo, no había modo mejor que una buena historia, pintoresca, con premios y castigos al final. O el triunfo de la Humildad sobre la Soberbia (ese era un clásico, sumamente gratificante). O del Desprendimiento sobre la Codicia. Ya en sí mismos, en su formulación, son cuentos. Un tesoro de cuentos, por lo demás ya escrito, que se pone al servicio de la formación de buenos ciudadanos y hombres de bien. ¿Pero la Inteligencia? El triunfo de un listo sobre un bobo no es materia conveniente para una historia aleccionadora, porque uno tiende a ponerse de parte del bobo, que no tiene la culpa de serlo. Sin contar con que para los pringlenses (y para mí como pringlense, a pesar de todo) la Inteligencia era la base y razón de ser de todas las virtudes morales, y por lo tanto estaba en un plano anterior al de las historias, su naturaleza abstracta la ponía más cerca de la Lógica que de la Narración.

Aun así, había una leyenda al respecto. No sé si por falta de imaginación o por economía, o porque no podía ser de otro modo, era una adaptación de un cuento tradicional, uno de los más burdos, apolillados y gastados del mundo. Y ni siquiera tenía mucho de adaptación, porque se limitaba a invertir el desenlace, y cargar el planteo de catálisis realistas. Pero cumplía aceptablemente su función, o por lo menos la cumplió conmigo. Se trataba de una familia de pobres, en una casita en las afueras de Pringles, para el lado del Boulevard 40, en una calle de tierra que muchos años después se llamaría Constancio C. Vigil; en aquel entonces mítico no tenía nombre ni lo necesitaba. Un día la señora volvió del gallinero intrigada porque entre los huevos de sus ponedoras había uno de oro. Más o menos reconocía los huevos, y este tenía que ser de una gallinita blanca que apenas empezaba a poner. Mientras esperaba que volviera su marido al mediodía

(él trabajaba de peón en una quinta) le dio vueltas al asunto en su cabeza. ¡Un huevo de oro! ¿Cuánto valdría? ¿Volvería a poner otro, la gallinita? Era como sacarse la lotería. Había oído hablar de la gallina de los huevos de oro, como todo el mundo, pero nunca había creído que tuviera una base cierta. El marido, cuando vino, compartió su perplejidad, y cuando esta empezó a ceder, su alegría. El huevo, como un pequeño Sol en medio de la mesa, era admirado por toda la familia. Los tres hijos del matrimonio pedían permiso para tocarlo, y lo hacían reverentemente, con la punta del dedo. El conciliábulo familiar se espesaba en una sensación de trascendencia como nunca antes habían experimentado. Aun con sus pocas luces no podían ignorar que una oportunidad así no volvería a darse. La decisión tenía que ser la mejor, caso contrario sería la peor, y no habría tercera opción. La señora propuso que carnearan a la gallinita para sacar de una vez todo el oro que debía de tener adentro. En principio su marido estuvo de acuerdo, y los chicos estaban impacientes.

Pero entonces se hizo presente la divina Inteligencia, con sus razones luminosas, que brillaban más que el oro oval depositado ante los ojos de su clientela ocasional. Lo que venía a traer eran razones simples, que bastaba con ponerlas ante el pensamiento para que se demostraran por sí solas. ¿Por qué no se recurría más a Ella? Casi siempre era por apuro, por esa atolondrada precipitación que llevaba al abismo. Porque si se la esperaba un rato, acudía. Siempre estaba disponible.

La Inteligencia les hizo ver que dentro de la gallinita no podía haber un cuantioso depósito de oro. La cuenta más elemental lo decía. Ese huevo que tenían sobre la mesa, sopesado en la mano, mostraba en su áurea solidez pesar unos buenos doscientos gramos. El peso de la gallina apenas debía de superar el kilo, o sea cinco veces más. ¡Y la gallinita no estaba llena de huevos! Aunque así fuera, no serían más que cinco.

En este punto la Inteligencia sufrió uno de sus frecuentes eclipses. Por su propia naturaleza, estaba sujeta a estas intermitencias. La familia aprovechó para recuperar sus planes: ¡cinco huevos! Con el que tenían, eran seis, lo que seguramente representaba una suma apreciable, quizá como para un juego de living... o una camionetita usada...

La Inteligencia volvió a encenderse, con un gesto irritado: ¡No se los podía dejar solos! No, la gallina no estaba llena de huevos, porque

si lo estuviera sería una bolsa, no una gallina que comía, cacareaba y ponía huevos. El equipamiento orgánico era indispensable en todas las gallinas para la fabricación de huevos. Esta, por alguna inexplicable mutación, los hacía de oro, pero tenía que hacerlos con la misma biología básica con la que sus congéneres hacían los huevos comunes. De modo que si la mataban no encontrarían más que un paquete de vísceras viscosas, que todo lo más servirían para hacer un puchero, no para hacerse ricos.

Este argumento tenía su sutileza. No mucha, como que era bastante obvio, pero había una transición de un paso a otro, y apelaba a conocimientos previos, y a la confianza en la existencia de lo que no estaba a la vista (el interior de la gallina). Pero la Inteligencia se impuso. Cuando realmente se lo proponía, siempre se salía con la suya. A veces le daba bastante trabajo. Al ser una entidad abstracta, debía encarnarse en un representante humano, del que tenía que recibir un mínimo de colaboración. Había humanos muy refractarios, pero para eso estaban las fábulas con moraleja, para abonar el terreno. El triunfo de la Inteligencia en este caso consistió en dejar viva a la gallina, y fue premiado con una larga sucesión de huevos de oro, que hicieron la prosperidad y la felicidad de la familia.

Una simplificación pragmática podía haber resumido diciendo que la Inteligencia era lisa y llanamente la Eficacia, la conformadora universal de las Causalidades con Buen Resultado. Sin embargo, estaba por encima de esa moral de tenderos. Si bien tenía la llave de los finales felices, también tenía la recompensa en sí misma, en la belleza mental que generaba, así como un diamante, además de ser equivalente a un buen fajo de billetes, tenía un brillo que iluminaba el alma. Pero esto no nos lo decían a los niños, para evitar el peligro siempre latente de la estetización, dado que el propósito era práctico. Igual que el oro, la Inteligencia hacía brillar el mundo, pero no para que luciera más bonito. Lo hacía brillar como un aceite que bañaba todos sus engranajes, para que funcionara mejor.

Estas salvaguardas de realismo daban el tono a una suerte de epílogo de la fábula, destinado a contrarrestar la poesía que pudiera haberse infiltrado. Aquí los que contaban el cuento metían todo lo que les dictaba su experiencia contrafactual; se identificaban con

los personajes y se ponían a enumerar todo lo que podía hacerse en una circunstancia psicosocial equivalente. Curiosamente, desde el momento en que querían hacer realismo se perdían por los caminos de la ensoñación. Según estas premisas, la afortunada familia del quintero dueño de la gallina de los huevos de oro se había dado como primer trabajo la venta de los huevos, porque por bellos y valiosos que fueran, en forma de huevo no les servían para nada. Hablaron con el joyero del pueblo, quien pasado el primer desconcierto se ofreció a officiar de mediador con un operador de Bahía Blanca que podía efectuar la venta. Había que descontar las dos comisiones, pero aun así era una buena suma. Los huevos, de perfecta solidez y densidad de veinticuatro quilates, pesaban, con ligeras variaciones, siete onzas. Nunca habían soñado que habría de concernirles la cotización del oro. Por un solo huevo recibían lo que el hombre ganaba en un mes de trabajo en la quinta. Se sintieron ricos.

Se había corrido la voz en el pueblo. Se arrepintieron de no haber manejado el asunto con más secreto, pero ya era tarde. Una multitud de curiosos quería ver a la gallina y a los huevos de oro. Nunca antes habían temido a los ladrones, gracias a que no tenían nada que valiera la pena robar. Ahora se encontraban en posesión no sólo de un bien valioso, sino que además era fuente de valor. Había que cuidar a la gallina, no sólo de los eventuales ladrones sino de comadreas, ratas, perros, chimangos, para no hablar del pulgón y el moquillo. Los primeros gastos con su recién adquirida prosperidad los dedicaron a alzar un corralón de tres metros, poner doble alambre al gallinero, puerta con candado, y un perro importante. Las inquietudes e insomnios de los primeros tiempos fueron cediendo al hábito, por cuanto es cierto que el hombre se acostumbra a todo, hasta a tener una gallina que pone huevos de oro.

Si les hubieran preguntado qué hicieron con la plata, con ese chorro incesante en forma de generosas gotas de siete onzas, les habría dado trabajo hacer la lista. En la abundancia, los gastos se sucedían: ropa, muebles, pintura de la casa, el agregado de un dormitorio, después otro más (pero al no hacerlo todo de una vez, cada vez había que volver a pintar y cambiar muebles: en la euforia de la riqueza repentina, no les importaba). A la camionetita nunca llegaron, ni a nada que

les asegurara el futuro más allá de la gallina, a pesar de diversas estrategias que planeaban y no podían ejecutar. ¿Ahorrar durante seis meses o un año, y comprar el fondo de comercio de algún negocio del pueblo, y el vehículo? Sonaba posible, pero no se daba, porque surgían gastos puntuales a los que no podían resistirse; y además les daba pereza el esfuerzo de ahorrar, les parecía demasiado activamente pasivo. Sobre todo los desalentaba la idea de hacerse cargo de un negocio (¿cuál?) cuyo manejo tendrían que aprender, y eso se les antojaba tan lento y difícil como aprender chino.

Así empezaron a pasar los años, insensiblemente. Los tres hijos varones, adolescentes, dieron problemas como todos los hijos a esa edad, estos un poco más que el promedio. No podía esperarse otra cosa, en la situación tan peculiar en que la suerte había puesto a la familia. Ninguno de los tres quiso estudiar, y después de haber exigido tres bicicletas exigieron tres motos, y plata de bolsillo, y la manutención de los hijos que empezaron a tener sus noviecitas...

¿Cómo se financiaba la vida fácil y despreocupada? Con el oro. Y con el oro la despreocupación empezaba a no ser tal. Su cotización tuvo fluctuaciones esos años, y hubo algunos cambios caprichosos en las leyes que regían su comercialización, lo que hacía que hubiera épocas buenas y malas. También había fluctuaciones en las prestaciones de la gallinita. Normalmente una gallina pone unos doscientos setenta huevos al año. Su producción disminuye en invierno, por la falta de luz: necesita catorce horas de luz solar para poner. La de los huevos de oro no se apartaba de este régimen. En el sombrío gris de los inviernos la familia pasaba angustias. Como no disponían de otros ingresos, cuando no había oro que vender y se acababan las reservas, nunca abundantes, debían pedir adelantos al joyero, que los concedía con cuentagotas y de mala gana, sólo para cobrárselos con intereses exorbitantes. Ellos se prometían precaverse para el próximo invierno, pero nunca cumplían. Se olvidaban, tanta era la dicha de los veranos de oro, cuando cada mañana aparecía en el nido, puntual, ese pequeño sol dorado que les iluminaba la vida.

Inevitablemente la reflexión, con el tiempo, los llevó a advertir que su situación no había cambiado en lo esencial. Seguían viviendo en la misma casa, ahora cargada de objetos, ampliada, mejorada, pero la

misma, en las mismas afueras de calles de tierra, baldíos y perros sueltos. ¿Mudarse? ¿Adónde? Una casa céntrica, de material, costaba más que una docena de huevos de oro, y que dos y tres. Y si hacían cuentas veían que habían gastado muchas docenas en esta. Desalentados, se dejaban estar.

De cualquier modo, la casa era una preocupación menor al lado de la que empezó a centrarse en la gallina misma. Toda eternidad se termina, y la que se deja pasar cerrando los ojos al tiempo se termina antes. Una gallina de esa raza vivía en promedio doce años, pero esta a los ocho se veía agotada, vieja, flaca, perdía las plumas. Evidentemente no era lo mismo producir los aéreos huevos de cáscara frágil, clara y yema, que los sólidos lingotes ovales de oro: la exigencia para el organismo tenía que ser mucho mayor. La producción mermó, primero un poco, después mucho. El invierno del noveno año no hubo nada durante tres meses. El hombre volvió a trabajar en la quinta, y siguió haciéndolo en la primavera cuando la gallinita volvió a poner sus huevos de oro, que ahora eran más chicos y los encontraban a la mañana envueltos en una baba sanguinolenta que no auguraba nada bueno. Siguió poniendo, con pausas cada vez más prolongadas, un año más. Al décimo murió. La enterraron en el patio, con fúnebre melancolía. Había sido toda una época de sus vidas: la era de la gallinita mágica. Había sido una verdadera magia lograr que los pobres siguieran siendo pobres a pesar de recibir una lluvia de oro. Porque volvieron a ser pobres, más que antes, y lo fueron hasta el fin de sus vidas.

Pasaron los años, las décadas, el lapso indefinido, aunque prolongadísimo de por sí, entre los hechos de una leyenda y su relato. La perduración del cuento en la memoria de las generaciones sucesivas de pringlenses quedó asegurada a expensas de la anulación de los detalles. Era un simple y completo triunfo de la Inteligencia. Un triunfo en cierto modo contra sí misma, ya que ella era la encargada, tradicionalmente, de inventar las buenas historias con enseñanza, y en este caso su intervención había trastrocado el argumento imponiendo la sordidez del realismo sobre la línea luminosa del cuento de hadas.

El pueblo no creció. Pringles se ganaba la fama de “pueblo maldito para la empresa”, ya que ningún negocio había prosperado en él, ni lo haría nunca. Pero se lo seguía intentando. Para la inauguración de

una planta fabril (quebró antes de un año) viajó a Pringles el Ministro de Economía, personalidad descollante del gobierno, de clamorosa presencia en los medios audiovisuales. Aunque su paso por Pringles fue de unas pocas horas, se hizo tiempo, después de las ceremonias oficiales, para visitar el sitio donde había sucedido la vieja historia. No quería perder la oportunidad, ya que sus ocupaciones harían por demás improbable que volviera a Pringles. Dijo que conocía el cuento desde niño, y aunque su profesión lo había llevado por caminos mentales de severo utilitarismo, la poesía de la fábula seguía habitándolo. Era humano y tenía sensibilidad, dijera lo que dijera una oposición resentida y difamatoria.

Una comitiva de burócratas locales, presidida por el Intendente, lo llevó a la casita de las afueras, una tapera a medias derrumbada, entre barriales. Atravesaron cuartos sin techo, puertas caídas, pisos agujereados, y salieron al patio, donde estaba la tumba de la gallinita. Era un lugar abandonado, con cardos y malvarrosas, pilas de escombros, los paredones cariados y cubiertos de gruesas capas de musgo. Habían quedado charcos de la última lluvia, y las nubes bajas y cargadas no contribuían a disipar la atmósfera de desolación, con la que hacía un marcado contraste el aura intensa de prosperidad tecnológica y futurista que emanaba del ministro. Su energía desbordante generaba corrientes que ionizaban el patio y ponían nerviosos a sus acompañantes. Se concentraba en silencio, ofreciéndose a las miradas discretas de los funcionarios locales, descaradas de los curiosos de la vecindad que habían acudido por una celebridad de primer orden: en esos andurriales perdidos nunca habían soñado siquiera que lo verían en persona. Les parecía un milagro. No los decepcionaba. La luz cenicienta de la última hora de la tarde se transfiguraba en el brillo enceguedor de su calva. Y directamente emitía rayos por los ojos de huevo frito, ojos de loco o de genio, sin punto medio.

Su silencio duró poco. La voz chillona, tan conocida por sus mensajes televisados, se elevó en una expectativa trémula. La visita lo había inspirado, y como su magisterio no le hacía ascos a la falta de un público calificado, soltó el siguiente discurso, poniendo en él la misma convicción y la misma elocuencia que habría puesto si hubiera estado frente a las cámaras de la CNN:



—Lo que tenemos ante nosotros es la más perfecta exhibición de un pensamiento económicamente incorrecto. Los hombres y mujeres que vivieron aquí, hoy los vemos como seres de civilizaciones lejanas, perdidas en la noche de los tiempos, y sus reacciones nos parecen inexplicables. Sin embargo, el hombre ha sido siempre el mismo a través de todas sus transformaciones, y siempre tropezó con las mismas piedras. El error que se cometió aquí tiene raíces tan profundas en el comportamiento humano que no me extrañaría que vuelva a repetirse, si no estamos atentos. ¿Qué es una gallina que pone huevos de oro? Una creación de valor. El valor se divide en el valor propiamente dicho y en su creación. Ambas cosas se confundían en una época poco iluminada en la que los principios básicos de la economía se reducían a administrar el intercambio del valor en bruto que entregaba la Naturaleza, sin preocuparse por averiguar de dónde venía. El tabú de la ignorancia les prohibía modificar en lo más mínimo la fuente de la que provenía el valor. Hoy sabemos que no hay que respetarla: por el contrario, hay que violarla con el pensamiento y la acción, apoderarse de ella y obligarla a seguir actuando, en un parto permanente. Para lograrlo se necesitan, además de una determinación —que muchos confunden con crueldad cuando no es más que lucidez aplicada al bien común— conocimientos técnicos que no están al alcance de todo el mundo. Pero en esta ocasión el Hombre Común tuvo servida en bandeja de plata, y yo diría de oro, la posibilidad de iniciar un capítulo inédito en la historia de la Economía. No había más que abrir la puerta, torcerle el cogote a la gallina, abrir sus entrañas y ver con sus propios ojos cómo se hacía ese oro. Los cegó una codicia rastrera, de vuelo bajo, y el mundo perdió una oportunidad irrepetible. Es el mal de nuestra República: darnos por satisfechos con lo que se nos da, y no saber volvernos nosotros mismos la fuente de lo que se da. El típico argentino bien pensante, izquierdista y ecológico, el famoso “progre” que se especializa en criticarnos y ponernos palos en la rueda, va a decir: “No les des un pescado, enséñales a pescar”. ¿Y qué se gana con eso? Pescar. Sentarse a la orilla del río y ver pasar las horas, en una meditación sin objeto. Y los pescados que saque serán el ingreso perpetuo de una economía de subsistencia, sin miras de futuro, enemiga de un progreso que interrumpiría su eterna siesta. La brisa entre los árboles, el croar

de una rana, la línea que cuelga de la punta de la caña y se hunde en el agua, el glu-glu de un pequeño remolino entre las piedras, y otros mil detalles circunstanciales para darle realidad a lo que no la tiene ni la tendrá nunca. Y en este caso sobre cuya miserable reliquia estamos parados se perdió más todavía (más que el tiempo, quiero decir), porque la famosa gallina no producía bienes de uso sino el patrón mismo del valor con el que se adquieren todos los bienes. Estaba a nuestro alcance develar de una vez el secreto tan celosamente guardado de la generación del valor. La oportunidad se perdió por ignorancia, por falta de miras, por ambiciones cortas... y por algo más. Creo que no habría bastado con ser perspicaz e informado. Habría sido necesario estar fuera de uno de esos relatos que suenan bien, entretienen, halagan la corteza superficial del cerebro, pero corren al margen de la realidad, en una paralela que nunca tocará el meollo de lo real, que, él sí, se aloja en el centro de la mente humana, y es la columna vertebral del Homo Economicus. ¿Cuándo nos convenceremos de que no ganamos nada hablando y contando cuentos?

**El santito**



## I

De antiguo circulaba entre los gauchos la leyenda del Santito, a medias superstición religiosa, a medias mito grosero de una civilización imperfecta. Tenía distintas versiones, que hacían de su protagonista, el Santito de marras, ya un niño, ya un joven, ya un jorobado o paralítico, y hasta un viejo. Pero la más difundida lo hacía figurar como un nonato, un feto, si bien la imaginación de los que contaban u oían el cuento lo representaba como un sonriente gaucho en miniatura, regordete y bonito, botas, poncho y chiripá blanco como la nieve; como se ve, las alternativas de la fantasía daban para todo. Encarnaba lo bueno en su totalidad, el Bien con mayúsculas y sin rebaja. Era por ese motivo que Tata Dios (Dios Padre) no había querido tan siquiera hacerlo nacer y contaminarse con este mundo de traiciones y mentiras. Se lo quiso llevar directo al cielo a sentarse a su lado y dar el ejemplo a los demás santos y ángeles y querubines. Pero el Santito, que a pesar de su tiernísima edad ya decidía por sí, prefirió ir al Infierno, pensando que en el cielo sería redundante, y no tendría nada que hacer. Allá abajo en cambio sobraba el trabajo para él; se tenía fe, chiquito como era y enorme el reino del Mal. Y no se equivocaba. No bien llegó, su mera irradiación poderosa empezó a cambiarlo todo: el aceite hirviendo se volvió agua cristalina y perfumada, las llamas se hicieron brisas, los tridentes de los demonios se transformaron en plumeros y abanicos, y los demonios mismos mutaron en chinitas la mar de amables y serviciales. Por efecto de su bondad y santidad esos sótanos de condena se volvieron deliciosos jardines de placer. Terminó siendo casi mejor que el cielo mismo, tanta era la energía benéfica que emanaba del Santito, lo que justificaba la devoción en que se lo tenía. Devoción exagerada y malsana según algunos, de efectos nefastos en el orden social, porque confundía en un solo y complaciente cobijo las tradicionales categorías del Bien y el Mal. En efecto, los gauchos cuando se enteraron de lo que había pasado allá abajo perdieron todo temor

al castigo de ultratumba, y el cuatrерismo proliferó. Seguramente el cuatrерismo proliferó por otras causas, mucho más reales. Y al Santito lo inventaron después, como risueño mito de origen de la temeridad de los delincuentes nocturnos.

## II

La historia del cuatrерismo en Argentina se confunde con su lógica intrínseca. El ganado cimarrón, en la generosa multiplicación propiciada por las praderas ubérrimas, era un bien común que tardó un buen par de siglos en acomodarse a las condiciones de la propiedad privada, y aun concluido el proceso conservó la marca de origen. El indio legendario, libre como el viento en su potro, robaba las reses del hombre blanco y las despachaba casi sin apearse. Nadie lo había visto, a pesar de que en esos espacios eminentemente abiertos no había muros contra la mirada. Efecto de la velocidad, el indio era la figura de la desaparición. Hasta podría haberse dudado de su existencia, de no ser por la falta de vacunos en el recuento del puestero perplejo, y sobre todo por el terror que producía al amanecer, con la atropellada, los gritos escalofriantes, el robo de mujeres. Todo lo cual entraba en un ciclo de anécdotas fatales y didascalias en verso. En los vastos pastizales se tejían sospechas y esperas, en la noche arreos subrepticios bajo la Luna se llevaban una riqueza gratuita a los pozos sin fondo de la barbarie.

El avance de la civilización expulsó al indio. Lo reemplazó el cuatrero, que se moldeó en el hueco dejado por el salvaje, con rasgos propios. Una cosa conservó de su predecesor: la sustracción de su persona. Con la organización de las estancias, antes de la difusión del alambrado que habían traído los escoceses, los clasificados y explotados rebaños se volvieron cuantiosa fuente de valor. Los cuatreros calzaban a medida en el sistema que se estaba conformando. Seguían invisibles, lo que no podía sorprender. De todo desocupado se sospechaba que podía ser uno, pero nunca se lo podía probar, y en el fondo todos sabían que era una sospecha infundada. El vago era una figura solitaria, y todo lo más habría podido practicar el cuatrерismo hormiga, que no les quitaba el sueño a los grandes propietarios. La operación

a escala debía necesariamente llevarla a cabo una banda organizada, cuyo número ideal, según los cálculos ociosos y en el aire de la comunidad damnificada, era de diez miembros. Menos, habrían faltado brazos para el rejunte de animales dispersos en una gran extensión; más, habrían sobrado, al disminuir las cuotas partes del botín. Esas bandas, que por invisibles se fundían todas en una sola banda en la imaginación, eran objeto de discusión de las autoridades y los magnates locales. Menudeaban las reuniones de delegados de distrito, se nombraban comisiones de estudio, se coordinaban estrategias de prevención, todo en vano. Los cuatrereros mientras tanto seguían sin aparecer. Algunos se preguntaban si no estarían combatiendo fantasmas.

La existencia de los cuatrereros podía ser dudosa, pero no la del cuatrerismo, que era flagrante. Los robos de ganado eran frecuentes, y no cesaban. El cuatrerismo, como categoría, cubría una gran cantidad de prácticas de ganadería ilegal: puesteros que distraían reses, saladeristas que compraban sin papeles, vecinos que remarcaban. El arte de las marcas había florecido en diseños transformistas, empleando herros que se sobrepasaban en ingenio. Lo más común, empero, era el autorrobo, con el que se amañaban las cuentas (una especie de sobrefacturación en vivo). De todo lo cual respondían, en el discurso justificativo, las bandas de cuatrereros profesionales, que nadie había visto nunca. No por eso dejaban de estar en sus madrigueras, al acecho. Sabían que se los necesitaba: la codicia de los estancieros y su pasión por engañar a un Fisco por lo demás complaciente era el seguro de vida con el que contaban. Pero la prima que pagaban era la anulación de realidad efectiva. Se habían vuelto un cuento, una leyenda, y ni siquiera de los que divierten o educan, o los que ponen algo de poesía en el devenir cotidiano del trabajo y la reproducción, sino verdaderos cuentos del tío, con toda la sordidez de las ficciones destinadas a restarle bienes al Estado. Y aunque no hubiera sido así, aunque se hubiera tratado de una ficción desinteresada, ellos habrían preferido no ser una ficción. ¿Quién no lo habría preferido?

Pero ellos no lo sabían, o no lo sabían con palabras. Habría sido demasiado pedírsele. No eran intelectuales, la vida bárbara no les había permitido cultivarse. Aun sin articularlo, lo sentían. Era una vaga y terrible inquietud, ante la que no tenían otra respuesta que la huida.

Nunca antes habían enfrentado un desafío semejante. Los trabajos y peligros de su profesión nunca habían estado dentro de ellos, siempre afuera. Y habiendo tanto espacio fuera de ellos, en la inmensa pampa sin límites, encontraban siniestro e incomprensible que el peor de los peligros, el que amenazaba la realidad de sus identidades, hubiera elegido alojarse en sus mentes. El círculo estable del horizonte había sido el salvavidas al que se habían aferrado hasta entonces para vencer las inclemencias del tiempo y la animadversión de la Policía, cuando no bastaba el valor, el oportunismo, la suerte o la velocidad de sus caballos: había dejado de servirles, se iba a pique junto con ellos. Un techo bajo de nubes grises cruzado por relámpagos y crujidos daba el tono de urgencia y encierro a la escena en la que los cuatrerros se alejaban al galope, más rápido de lo que habría parecido posible; se diría que el tiempo había caído sobre la tierra como un gran tapiz de sombra, y ellos se deslizaban sobre él. Veteranos de la desaparición, sabían que estaban repitiendo otras huidas; el eco de los cascos de sus caballos les llenaba los corazones de presentimientos sobrenaturales, como una música fúnebre. A la corta y a la larga, ya no estaban.

### III

Los diez cuatrerros de la banda legendaria se habían retirado a un lugar inaccesible de la pampa, a esperar la extinción de la Ley y el Orden. Unas vacaciones preventivas era lo que dictaba la ocasión. Algo tan bizarro como una vigencia de la Justicia por un período indefinidamente prolongado era impensable. Y la esencial esterilidad de la pareja que formaban la Ley y el Orden les aseguraba que no se reproducirían. Vivirían tanto como los alimentara la imaginación, facultad volátil y tornadiza. Esos barroquismos eran efímeros. De modo que se fueron lejos, hicieron campamento donde no había nadie, y dejaron pasar el tiempo. No les vendría mal un descanso, para reanudar sus correrías con la audacia que el hábito estaba embotando.

Habrían podido dispersarse, volver cada uno a su pago y darse cita cuando el peligro hubiera pasado. Prefirieron seguir juntos, en parte porque se habían acostumbrado a funcionar en equipo, en parte porque



no habían dejado en parte alguna familia que quisieran reencontrar. Y por otro motivo de más urgencia: compartían demasiada información de sus andanzas como para no tenerse bajo mutua vigilancia.

El sedentarismo y la desocupación, ambos forzados y contrarios a sus marcadas inclinaciones por la errancia y la acción, tensaron al máximo sus recursos de convivencia. La índole independiente y díscola del gaucho criado en los grandes espacios sin ley ni límite no les hacía fáciles las cosas en ese rubro. Tampoco su profesión de forajidos, que les había impuesto el hábito de zanjar por la violencia todo problema. A lo que se sumaba su persuasión taciturna; el silencio en el que sucedían sus vidas había terminado entorpeciendo la expresión, lo que les quitaba más aun las ganas de hablar. Calladas, las diferencias o malos entendidos maduraban en rencores y envenenaban el ambiente. Habrían terminado matándose unos a otros si no fuera porque existía un código de conductas y lealtades, como lo hay hasta en los criminales más inveterados. Vistas desde afuera, la existencia y persistencia de los cuatreros ofrecían a la especulación el problema de los códigos internos. Aun en aquel entonces en que la anarquía reinaba en el país, y generación tras generación de argentinos se habituaban a vivir bajo leyes cambiantes y en estado de permanente cuestionamiento, la simple lógica mandaba que un grupo de hombres entregados a una actividad colectiva, y que además convivían durante largos períodos, cuando no lo hacían en forma permanente, tuvieran que obedecer reglas y respetar ciertas convenciones de conducta. Su actividad consistía en violar la ley, pero para poder seguir haciéndolo necesitaban su sombra. La misma ley contra la que se desempeñaban proyectaba un doble invertido dentro de la banda. En cierto modo la ley general, la del Código Penal, no salía indemne de esta proyección.

La necesidad que se daba en cualquier asociación delictiva, en la de los cuatreros era doblemente imperativa. La extensión del campo de sus correrías, los tiempos que demandaba la operación, los pagos diferidos de los saladeros que compraban la mercadería robada, los frecuentes cambios de rumbo en llegadas y partidas, y las dispersiones a las que obligaba la prudencia, todo hacía necesaria la confianza entre los miembros de la banda. Era un problema clásico: los delincuentes no debían ser delincuentes entre ellos para que su negocio funcionara.

Pero, claro está, no podían dejar de ser delincuentes, o habrían perdido el empleo. El desprecio a la ley debía estar impregnado en sus corazones, de otro modo no eran eficaces. La contradicción se resolvía, también clásicamente, mediante el código de honor. Este consistía en un conjunto de convenciones, algunas de aspecto bastante extravagante, que se querían inviolables. Precedencias recíprocas y escalas de protocolo que terminaban haciéndose carne en ellos. Era una etiqueta con algo de cortesano, dentro de la barbarie (también había etiquetas bárbaras). En principio el honor tenía poco que ver con esa danza de prescripciones: afilar el facón sólo durante la luna creciente, sostener el cigarro con la mano izquierda de día, con la derecha de noche, no tocarse la barba cuando un caballo relinchaba, cosas así. La idea, correcta en sí, era que así como una cosa trae otra en el curso natural de los hechos, estas normas convencionales debían traer otras, que los harían confiables como equipo organizado. Todo consistía en acertar con la lista adecuada; no sabían si la de ellos lo era, pero debían aprenderla, y recordarla.

Paradójica demostración de la soberanía de la Ley, aun dentro de los que se dedicaban a violarla. Ese código se había ido redactando durante sus correrías, con la espontaneidad de los hechos, a medida que se daban las circunstancias. Las reglas tenían su razón de ser no sólo en la paz interior de la banda sino en su seguridad. Necesariamente debían confiar entre ellos pues seguían expuestos a la amenaza externa. Eso nunca iba a cesar, por más que se fueran al fin del mundo o se encerraran en una cámara insonorizada. Además, en los hechos no estaban aislados por completo. Alguno debía ir a un almacén o pulpería cercanos a comprar víveres, y debían hacerlo con discreción y rotando proveedores para no alertar sobre el paradero del campamento. Dos de los cuatrerros, Juan Praderas y Javier Tomillo, se especializaron en esos mandados. Eran ellos dos por una elección hecha de modo natural, intuitiva y sin deliberación, aunque no por ello desprovista de una sutileza psicológica casi proustiana; en efecto, aun siendo dos duros criminales a los que no les temblaba el pulso a la hora de asestar una puñalada o arrear cien vacunos ajenos, albergaban en algún ángulo de sus personas una fragilidad que los hacía dependientes del grupo. Carecían de los recursos espirituales con los que

un hombre podía decidir por sí un curso de acción. Nadie lo habría percibido a simple vista, pero de ellos no podía temerse que desertaran: fuera del grupo no podrían sobrevivir. Y no era que se parecieran, más bien eran opuestos célebres: Praderas era medio idiota, con su labio leporino, sus babas y su habla gutural; pesado, imprevisible, parecía un sonámbulo. Tomillo en cambio hacía juego con su apellido en diminutivo: era un diablillo ladino, chistoso con modales de rata, petulante y casual. Se habría necesitado una gran penetración para ver a través de esas fachadas un fondo común de obligada lealtad y de eficacia para hacer las compras. Más tarde o más temprano según las necesidades uno montaba en uno de los parejeros y emprendía el viaje de dos días (hacia noche en descampado) y volvía con las compras. Estas no se limitaban a los víveres, yerba, sal, tabaco, bebida; también estaban los almanaques ilustrados, de los que tenían una avidez insaciable. Y noticias. Las noticias les importaban mucho menos, salvo una, que era frecuente y a la que había que mantenerse atentos: el cambio de denominación de la moneda de curso legal. Cada gobierno que asumía en Buenos Aires empezaba a emitir su propio dinero, y ponía un plazo, a veces perentorio, para cambiar los billetes viejos, que después del día señalado como límite perdían todo valor. Los cuatrerros se habían retirado a sus cuarteles de invierno con una buena cantidad de papel moneda, que les alcanzaría para mantenerse durante una larga temporada de inacción; como es obvio, no querían que esa reserva se volviera en sus manos un montón de papel inútil. De modo que al primer anuncio se apresuraban a ir a cambiar, no sólo la caja común sino los montos particulares de cada uno de los diez. Era un asunto delicado por más de un motivo. No podían ir todos, pero darle a uno solo la totalidad de sus fondos y quedarse a esperar su regreso era una prueba suprema para los nervios de hombres que siempre habían vivido del robo. El viaje a la casa de comercio habilitada más cercana insumía no menos de tres días, y otros tantos de vuelta. Tiempo más que suficiente para que si el mensajero tenía intención de quedarse con el botín se pusiera fuera del alcance de los despojados, que además se quedaban sin un céntimo.

Se habría necesitado, para desempeñar la misión, un hombre muy especial, un dechado de pundonor, alguien a quien jamás se le habría

ocurrido hacerse cuatrero. ¿Y cómo esperar que hubiera un hombre así en una banda de cuatros? Se miraban unos a otros con desaliento: una fatalidad de nacimiento los había instalado en la barbarie moral, en el desvío, de los que no parecía haber escapatoria. Las duras piedras de los despeñaderos, blanqueadas por soles ardientes y resquebrajadas por las variaciones bruscas de temperatura, eran el lecho de Procusto en el que se había formado el carácter de estos hombres de barro y metal. Se miraban porque sabían que los otros los estaban mirando, y se veían a sí mismos desconfiando de la hondura de su honestidad. Como el filósofo que buscaba con una linterna encendida en pleno día a un hombre, ellos posaban su duda en el hombre indicado.

Uno de ellos, Humberto Palacios, se postuló comedidamente la primera vez, haciendo valer su carácter de gaucho respetable y respetado, intachable en sus procedimientos y de cierto roce social, de entre ellos el que mejor podía pasar por un ciudadano decente, un ganadero virtuoso que se ponía al día con sus haberes. Su misma apariencia, no limada por el vicio, lo recomendaba. No lo dijo, ni falta que hacía, pero había adherida a él una garantía de regreso, que faltaba en todos los demás. El miembro más joven de la banda, Benito, un adolescente raquítico y víctima de resfríos recurrentes, era su sobrino; además del apego por la relación familiar, y el natural sentimiento de protección a un ser indefenso y de índole enfermiza, pesaba sobre Palacios una responsabilidad que su conciencia y su memoria volvían sagrada. Benito era hijo de su hermana muerta; en su agonía le había jurado hacerse cargo del niño hasta su mayoría de edad, y más allá si era preciso. Había cumplido su palabra, lo que con el transcurso del tiempo creó un fuerte lazo entre ambos. No lo perdía nunca de vista, y el chico dependía enteramente de su tío. Entre los cuatros flotaba, tácita, la sospecha de que era en realidad su hijo; la abonaba el hecho de que nunca se hubiera hecho mención de un padre. Una relación entre hermanos, en esos desiertos de alborada universal, no habría sido nada rara.

Dejar al jovencito como rehén en manos de semejantes facinerosos era una convincente disuasión de estafa. Si la había, el degüello era lo menos que podía pasarle al pobre Benito. En esas condiciones se le confiaron los dineros la primera vez, y como la transacción se hizo sin

problemas la confianza se renovó para una segunda vez, y una tercera. El ascendiente de Palacios se consolidó.

Si bien el grupo funcionaba al modo de una democracia anárquica de impulsos y reacciones, sin más jerarquías que las del movimiento, Humberto Palacios solía llevar la voz cantante, sin ánimo de autoridad pero sí de eficacia. En la acción ilegal la velocidad de las decisiones suele ser importante, y la deliberación está fuera de lugar cuando las papas queman. Como sus iniciativas eran las más lógicas, no había motivo para discutirlo. Esto había venido pasando desde la formación de la banda, de la que él había organizado el modus operandi. Por la gravitación natural de su inteligencia y personalidad ejercía una suerte de liderazgo tácito, sin ostentación. Austero, de gesto sobrio y palabra justa, el rostro despejado, la mirada franca, los rasgos regulares y la postura erguida de su cuerpo atlético configuraban una imagen atractiva; no había nada en él de la actitud furtiva de sus cómplices: franco, abierto, claro en sus intenciones, mostraba también una permanente actitud solidaria con los demás, atento a los problemas que los aquejaban, perspicaz para adivinarlos más allá del abismo de mutismo que los encerraba. Había compartido con sus pares la común vida de penurias, y es probable que las suyas hubieran sido especialmente duras, como para que un hombre de sus cualidades tomara el camino del delito. Se diría que en este camino una fuerza interior en él pugnaba por imponer los parámetros de la virtud. Esa fuerza, oculta en el centro de una firme humanidad, moldeaba desde adentro su rudeza viril e imponía respeto.

No era el de mayor edad. Aunque a estos hombres les habría parecido una frivolidad sacar la cuenta exacta de los años que tenían, a simple vista podía calcularse que dos o tres miembros de la banda, Peña, Sorzano, Alberdi, eran mayores que él, quizá no mucho mayores, pero la juventud había huido de ellos llevándose todos sus beneficios. Rosarito Peña sufría de reumatismo, se subía al caballo en tres tiempos, era enjuto, canoso, con ojos de laucha. Sorzano y Marcos Alberdi, que andaban siempre juntos, constituían una de esas parejas maduras de íncubo y súcubo, torvos matones de los pajonales que se comunicaban con gruñidos. Un largo y monótono historial de fracasos laborales y afectivos había unido a estos dos perdedores: pero en el bruñido de su alianza se reflejaban los otros ocho desheredados.

El decano de la banda era don Carmen Rojas, definitivamente un anciano, que sólo se mantenía sobre el lomo del caballo y resistía a las extenuantes jornadas de robo y arreo merced a la conjunción de resistencia innata y adquirida. Era un tótem, un memento mori, que no servía más que para representar los extremos de ruina a los que podía llevar la vida al aire libre. A su persona se dirigían las atenciones más respetuosas de Palacios, y era el primero al que consultaba cuando había que decidir algo. La consulta era pro forma, de cortesía y ejemplo, porque la pronunciada senilidad del viejo era un verdadero pozo sin fondo. Los demás, dotados de escaso o nulo discernimiento, se sometían sin discusión.

Transcurrieron los días, las semanas. Fue inevitable que la inacción, el tedio de las horas siempre iguales, la compañía obligada bajo el Sol y la Luna, provocaran roces. Algunos malos hábitos se acentuaron como era de esperar: la bebida, el juego. Las riñas se hicieron frecuentes, aunque sin llegar a mayores. El descontento con la situación lo compartían todos, pero no había a quien culpar, porque todos sabían que detrás del muro invisible de la distancia estaban las malditas Leyes de la propiedad y sus gendarmes armados. Se habló de trasladar el teatro de operaciones lejos, fuera del alcance de esa monstruosa concreción represiva, por ejemplo a Santa Fe, pero los argumentos en contra eran contundentes: no conocían el terreno, tardarían años en establecer una red confiable de compradores, los ganados no serían tan abundantes y a la mano como los que tenían en los campos de Pringles. Esta persuasión concluyente corrió a cargo de Palacios, y fue aceptada en líneas generales. Pero dejó un resquemor en Santos Mosca, que era quien había propuesto la mudanza. No era imposible que hubiera hecho la propuesta sólo para generar el enfrentamiento; pues, en efecto, la zona en la que siempre se habían movido era irremplazable, su actividad impensable en otro escenario, y eso en el fondo lo sabían. Lo sabía Humberto Palacios más que nadie, y si se molestó en dar razones para la negativa fue para disimular que había adivinado la maniobra aviesa del otro. Con su clarividencia no podía haber dejado de notar que Mosca se resentía de su ascendiente sobre la banda, y lo había puesto en la mira de una sorda enemistad. En esta ocasión, como en otras, había evitado una colisión abierta. Lo hacía por un instinto de

protección de la paz, no por temor a una competencia en el liderazgo, que no podía existir.

En efecto, Santos Mosca era una personalidad tan ruinosa que a nadie se le habría ocurrido no ya seguirlo, sino ni siquiera tomar remotamente en serio nada que dijera. Desgastado por el vicio, y ese desgaste actuando sobre un organismo ya fallado de origen, el resultado era un espécimen contrahecho, que hería la vista de cualquier persona sensible. Torvo, bizco, la boca fijada en una perpetua mueca de asco, la frente estrecha y en pendiente, la nariz desviada, con excrecencias tuberculares, los dientes podridos tras un incipiente labio hendido que la barba enmarañada no alcanzaba a ocultar, las orejas desiguales (en realidad le faltaba una) y la crencha dura que nunca había conocido el peine ni mucho mejor el jabón: con todo eso, la cabeza era lo más humano que tenía. Del cuerpo se desprendía una irradiación malsana, como si las varias desproporciones de los miembros fueran la manifestación visible de anomalías morales que la imaginación se negaba a representarse. Su conducta daba pábulo a esta presunción. Bastaba el trato más ocasional para convencerse de que el exterior era el espejo fiel del interior. Su carácter acumulaba todos los defectos sobre el lecho de la imbecilidad, y esta se desperdigaba en su pensamiento como vidrios rotos y clavos torcidos y oxidados. No le eran ajenos la mentira y el descaro. Podía conjugar la abyección con una soberbia descarriada. Torpe, cobarde, limitado, era una carga para sus compañeros, que no podían confiar en que hubiera entendido el plan más simple o la consigna más somera. Por violento y mal llevado, la senda del crimen era la única que se le había abierto, pero su incapacidad le hacía difícil transitarla. La ocupación de cuatrero, si bien ilegal, entraba en las generales de la ley de la ganadería, y requería destreza y discernimiento. Santos Mosca debería haberse dedicado a algo más fácil, como el asesinato o la violación, aunque tampoco ahí habría brillado, y librado a su suerte la Policía no habría tardado en dar cuenta de él.

En la inacción del retiro que se había impuesto la banda, su mala entraña pasó al estado de gangrena. Recrudesció el hábito del alcohol. Pasaba los días en un sopor de incoherencia, de cuyo fondo escapaban risotadas, insultos, órdenes de borracho. Tenía el vino malo; si no

llegaba a las manos era porque el cuerpo no le respondía. Caer sobre su propio vómito y quedar exánime durante horas era su forma favorita de pasar el tiempo. Cuando volvía en sí, ejercitaba su vitalidad más soez montando el caballo que tuviera más cerca, fuera suyo o no, para salir al galope, bamboleándose como un pelele hasta venirse abajo. De este y otros accidentes, como los principios de incendio de sus sucios andrajos cada vez que se le caía el cigarro de la jeta entumecida, salía siempre indemne, pero el deterioro debía de seguir su marcha. De noche, en el paroxismo de la ebriedad, desgarraba las tinieblas con sus gritos. El abandono de su persona era extremo. Habría llamado a la compasión si no hubiera sido por la diabólica puntería con que sabía herir con la palabra, cuando no estaba demasiado borracho para poder articular de modo que se le entendiera. Ese despojo parecía habitado por un demonio. No colaborar en las tareas comunes habría sido lo de menos; su actitud era negativa: volcaba las provisiones, meaba sobre el fuego del asado, cuando no sobre el asado mismo, tiraba la colilla del cigarro en el agua del mate, mancó un caballo... En una ocasión desapareció varios días, y al volver, en un estado deplorable pero con un reloj de oro, no quiso decir dónde había estado ni qué había hecho. Las consideraciones a la seguridad del grupo no le hacían mella. Al contrario, respondía a las preguntas con una sonrisa sardónica, con intimaciones de misterio y unas fanfarronadas que quería enigmáticas (“ya van a ver quién soy yo”), y no auguraban nada bueno. Tiempo después se produjo otra ausencia similar. Había motivos para preocuparse. Fuera lo que fuera lo que hacía cuando no lo veían, y no podía ser nada bueno, tenía que llamar la atención, y a él debía ser fácil seguirlo o sacarle información.

La gota que desbordó el vaso fue una pelea, una de las tantas que protagonizaba, salvo que esta vez con resultado más grave. Por lo general en estas riñas, que iniciaba en estado de intoxicación aguda, y por motivos que sólo él sabía cuáles eran, podían neutralizarlo sin problemas, a veces con un simple empujón. No fue distinto en esta ocasión, en que le buscó pendencia a Perpetuo Sicardi, un gaucho reconcentrado que era un pan de Dios. Perpetuo empezó ignorándolo, y cuando el beodo se precipitó sobre él (le reclamaba la propiedad de un imaginario cuero fino) intentó sacárselo de encima sin ponerse de



pie. Terminaron rodando, y en el revolcón, de un modo inexplicable, Mosca había desenvainado el facón. Los demás tardaron en percibir este desarrollo de la acción, y cuando intervinieron para separarlos el otro ya tenía una herida en el brazo, que chorreaba sangre. El agresor se había dormido en el suelo, con el cuchillo en la mano. La herida, lavada con culantrillo, no se infectó, pero la cicatrización fue lenta y el brazo no recuperó su movilidad original.

La banda en pleno sentía que las cosas no podían seguir así. Sin decirlo, esperaban una reacción de Humberto Palacios. Él también lo sentía y se mantenía expectante. Maduraba una decisión que por carecer de antecedentes tendría que ser presentada con todas las razones que la justificaran. Es más: tendrían que explicarse a sí mismos de qué se trataba. Nunca habían expulsado a nadie, porque la condición de expulsados era la de todos ellos, y se les hacía difícil concebirse en el papel activo. Una tarde, cuando mateaban esperando la puesta del Sol, Palacios vio llegada la ocasión de exponer. Santos Mosca había estado bebiendo desde la mañana, pero se lo veía un poco más despierto que lo habitual. En el resto de los hombres había una atención de presentimiento, que parecía propicia.

Empezó, como si se le ocurriera de pronto y lo dijera sólo para ver cómo sonaba, afirmando que el hombre no podía vivir sin respetar ciertas normas. Parecía evidente, sin necesidad de demostración. La libertad misma estaba hecha de ciertas restricciones y no era necesario consultar las cláusulas numeradas en un grueso volumen pues las normas eran tan simples y estaban tan a la vista como la lluvia y el Sol.

Pero más allá de estas generalidades, y acercándose de modo paulatino a la materia candente, introdujo la palabra “código”, y la palabra “honor”, como conceptos patrimoniales de la humanidad, pero especialmente pertinentes a la profesión que habían elegido. Pues en tanto ladrones de ganado estaban fuera de la Ley, y no podían reclamarse de esta ante los tribunales corrientes de la sociedad. De modo que el único estrado ante el que podían reclamar, y del que podían esperar una respuesta, era el de ellos mismos, el construido por sus conductas y conciencias. Y de este emanaba una presencia permanente, que los acompañaba en todos los actos de sus vidas, incluidos los pequeños menesteres cotidianos. A diferencia del estanciero, que sabía de oídas

de la existencia de las leyes y se satisfacía con saberlo, y saber que lo respaldarían si algo amenazaba sus mezquinos intereses, los cuatreros encarnaban sus propias leyes, las del honor, y las llevaban consigo dondequiera que fueran. El código los acompañaba como un doble, era la sombra que proyectaban en sus correrías. Los representaba. Y nadie, ellos menos que nadie, quería ser representado por una sombra deforme y monstruosa...

No llegó más lejos que esta introducción. Santos Mosca lo interrumpió con una risotada ronca y una aparatosa escupida. Ya había venido manifestando su desaprobación con risitas y resoplidos de impaciencia, y bebiendo del gollete de la botella con sonoros gorgoteos. Por lo visto había entendido que el discurso iba contra él; lo había entendido desde antes de que se pronunciara una sola palabra. Quizá compensaba la falta de espesor intelectual con el olfato de las bestias ciegas. Tales propiedades de animal lo dotaban de la impaciencia con la que arremetía. Pero el apuro no ayudaba a la articulación del discurso, y anticiparse al apuro nunca había sido una forma recomendable de hacerse entender. De todos modos era evidente que, dentro de lo gutural, el esperpento quería contradecir; al no encontrar razones, ni molestarse en ir a buscarlas, recurrió a los argumentos ad hominem. Lo trató a Palacios de maricón, engreído, pusilánime, con lengua tartajosa y frases desprovistas de sintaxis. Todo el rencor reprimido salía a borbotones, con aliento alcohólico y chillidos de histérico. Lo poco que se pudo entender de su estallido fue que él no aceptaba ningún código y que a un hombre de verdad, como al parecer se consideraba él contra toda evidencia, no lo asustaban sombras, y si se le antojaba podía robar, matar, violar mujeres y hacer frente al que quisiera detenerlo. Más aun, anunciaba que era lo que haría él, y en ese momento montaría su caballo, iría al pueblo más cercano y pasaría a degüello al pulpero... Nada más improbable, con solo verlo, que pudiera llevar a cabo esas hazañas atroces: a semejante fanteche temulento, enclenque y babeante, que ni ponerse de pie podía, un pulpero sobrio y bien alimentado lo podría hacer girar como un trompo de un solo sopapo. Pero él insistía en su delirio de saqueos, incendios, terror, y hacerse de plata en abundancia, mujeres, caballos. Se proponía, increíblemente, como nuevo líder de

la banda reconvertida, o al menos eso parecían sugerir sus balbuceos incoherentes.

Con calma, con una pizca de ironía y otra de resignación, Humberto Palacios se dispuso a responder. ¿Valía la pena hacerlo? Había cosas que se respondían solas, y esta era una de ellas. Pero por otro lado nunca era inútil repetir verdades, aunque todos las conocieran: en cada repetición, lo quisiera o no el hablante, se colaba un detalle nuevo, se agregaba una palabra, se afirmaba una convicción, que acrecentaban la veracidad de la verdad. De modo que empezó a redactar en el pensamiento un discurso basado en la esencial decencia del cuatrero, que sólo robaba al rico y constituía una salida laboral sana y educativa para el joven al que una sociedad injusta privaba de otras perspectivas. La vida al aire libre, los grandes espacios sin caminos, el contacto con la inocencia del animal, y la obligada autonomía de la soledad, constituían los elementos de una pedagogía del gaucho. Pensó también que dentro de todo agradecía la oportunidad que le daba el pobre borracho de exponer ideas que ganaban existencia y fuerza de convicción al revestirse de voz. Pero no fue mucho lo que pudo decir. El otro ni siquiera había hecho una pausa. Arreciaban sus gritos, sus toses, sus escupitajos. La baba le mojaba la barba, sus movimientos se descontrolaban, las palabras morían en carrasperas cavernosas, pero seguían siendo palabras de agresión y odio, en lo incomprensible se adivinaba que seguía proponiendo el crimen como modo de vida y prueba de virilidad... Él se pondría al frente... irían a robar, a matar, a hacer correr la sangre... era preciso hacerse respetar, hacerse temer... Seguía con esas retahílas, maniático, sin poder parar una vez que se había lanzado.

El Sol estaba sobre el horizonte. Su última luz, de un rojo brillante, nacaraba el aire sobre el círculo de cuatros que había presenciado la comedia grotesca. Los dos protagonistas se enfrentaban en los extremos opuestos del círculo, haciendo el contraste más marcado, en aspecto y actitud. Humberto Palacios, de pie, encaramado en su apostura y prestigio, respiraba con calma, la mirada perdida, en un silencio que indicaba que todo estaba dicho, y si algo se le había quedado en el tintero su oponente se había encargado de decirlo por la negativa. Mosca, todavía balbuceando algo, seguía medio derrumbado en tierra,

como un gran insecto negro, o un sapo, o un perro sarnoso. Así como la figura apolínea de Palacios se aureolaba de fulgor atmosférico, la de Mosca, informe, se hundía en una oscuridad tóxica.

Él mismo había decretado su expulsión del grupo. Lo había hecho desde mucho antes, con su conducta, pero después de estas injuriosas jactancias, aun cuando se las tomara como los delirios del vino que eran, no había vuelta atrás. Al día siguiente habría que recordárselo, porque seguramente en unos minutos se dormiría y al despertar lo habría olvidado todo; ya su cabeza hacía movimientos pendulares apuntando al suelo. Pero hubo una reacción, provocada por los mismos vahos que la entorpecían: inició el laborioso proceso de ponerse en pie, algo tan intempestivo que los demás, que habían apartado la vista por vergüenza ajena, volvieron a mirarlo. Por alguna clase de milagrosa suspensión de la ley de gravedad logró pararse. Bailoteó un poco buscando el equilibrio; al encontrarlo soltó un grito de triunfo, y volvió a gritar, o declamar, con sonidos quebrados, y a la larga, cuando cayeron en la cuenta de que estaba articulando, entendieron que les estaba pidiendo que eligieran: Palacios o él. Lo dijo más con gestos que con palabras, pero estaba medianamente claro. La opción era seguir con Palacios en la prolijidad de un cuatrero prudente, o seguirlo a él en el asesinato, el robo a mansalva, la sangre y el descontrol. Sin esperar respuesta dio media vuelta y marchó en zigzag hacia los caballos. En un momento estaba montado, y parecía esperar. El mismo Palacios estaba sorprendido de tanto desparpajo. Se preguntaba cómo era posible plantear una alternativa donde no la había. ¿Quién iba a querer seguir a un loco sanguinario, extraviado en el alcohol y en la confusión mental? Después de todo, quizá deberían agradecerse, porque les ahorra el trabajo de echarlo.

Pensando, justamente, que de un modo u otro las palabras dejarían lugar a los hechos, Palacios bajó de la trascendencia en la que se había instalado y miró a su alrededor. Los hombres no lo miraban, ni se miraban entre ellos. Tampoco reían, ni hacían comentarios. Estaban serios, reconcentrados, la vista clavada en el suelo. Supuso que se debía a la vergüenza ajena, mezclada con la natural depresión que tenía que provocar el infamante espectáculo al que se habían visto sometidos. La atmósfera era de tensión; el monstruo Mosca seguía quieto montado

en el caballo, babeándose desde su sonrisa idiota. ¿Qué esperaba? Habían pasado varios segundos... Dos hombres, en la visión periférica de Palacios, se habían puesto de pie y arrastraban sus recados hacia los caballos. Eran Sorzano y Alberdi, lo que devaluaba un tanto el número dos, porque siempre andaban juntos, y donde iba uno iba el otro. ¿Pero adónde iban ahora? ¿Era posible que cometieran la enormidad de tomar el partido del disidente? Tuvo que reconocer que así era. ¿Era posible? Esos dos eran de Tapalqué, quizá sentían añoranza de su pago y usaban la escisión de la banda como una excusa para marcharse. Pero era la peor de las excusas. Trataba de explicárselo de algún modo, y hasta abrió la boca para decirles algo, preguntarles... Las palabras murieron en sus labios antes de salir. Un malestar profundo lo inmovilizaba. Sorzano y Alberdi, cabizbajos, ya estaban montando... Los veía como desde lejos...

Lejos y cerca empezaron a mezclarse: ya otro hombre los seguía; era Peña, no lo había visto ponerse de pie por estar mirando a los otros, y cuando lo miraba a él vio, incrédulo, que Tomillo y Praderas también levantaban los aperos en los que habían estado sentados y se dirigían a los caballos. En el desconcierto, su cerebro atónito buscaba una explicación a lo que estaba pasando. Sin saberlo, debía de haber estado haciendo la cuenta, porque supo que eran cinco los que se iban: habría que reformular la banda, a partir del núcleo fiel...

Ese núcleo no estaba destinado a perdurar. No dio crédito a sus ojos, pero estaba viendo que Benito se marchaba. ¡Benito! El niño que él había criado y que se había comprometido a proteger. No. Era demasiado. Debía intervenir. ¿O sería una broma que le estaban haciendo? Habría sido la primera vez, y una primera vez imposible, porque ellos no sabían de bromas. ¿Cómo podía dejar que Benito se pusiera en manos de semejante crápula? De su parte tenía que ser inmadurez, atolondramiento, la atracción de lo nuevo y la aventura, sin darse cuenta de que en este caso era la atracción del abismo. No terminó de pensarlo porque estaba viendo a Don Carmen unirse a la partida, movilizándolo sus viejos huesos artríticos para cometer la locura de irse con Santos Mosca; y él no tenía la excusa de la inmadurez. ¿Quién quedaba? Nadie, porque Sicardi ya se adelantaba a don Carmen, mostrando su inverosímil preferencia no sólo, como los

demás, por el ebrio maldito sino por el hombre que lo había mancado.

Estaba paralizado. Veía la escena como si estuviera sucediendo dentro de una gota de agua, o como si hubiera una barrera invisible que lo ponía a él en un espacio heterogéneo, desde el que no podía intervenir. Como si le estuvieran contando un cuento. Otro efecto mental de su desconcierto fue que el tiempo se comprimió. De pronto todos estaban montados, con sus enseres colgados de las sillas, las tropillas en órdenes obedientes, las campanillas de las yeguas madrinas repique-teando cristalinas. Y los hombres, perdido el mutismo, se reían, intercambiaban exclamaciones, excitados como al inicio de una aventura. Santos Mosca, al frente, se lanzó al galope. Se fueron sin volverse a mirarlo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué lo abandonaban? Mil explicaciones le pasaron en un segundo por la cabeza, ninguna convincente, y pronto renunció a buscar una explicación.

Se hacía de noche. Quedó solo, bajo las estrellas que empezaban a encenderse en la bóveda del cielo. Y siguió solo, en los días y años que siguieron, solo y olvidado del mundo, el que había sido el distinguido cuatrero Humberto Palacios y ahora erraba por la pampa, misántropo y amargado, evitando las poblaciones y hasta el contacto pasajero con arrieros o linyeras. La edad lo dobló y arrugó; el descuido, el abandono de su persona, colaboraron en un envejecimiento prematuro. Nada le importaba, nada quería. Aun en su soledad, le llegaban ecos de las hazañas de Santos Mosca y sus hombres, que se volvieron leyenda.

Alguna vez intentó olvidar, y no pudo. Su historia no era lo que él habría querido o no querido recordar o saber, sino lo que había pasado de verdad. La historia no le pertenecía; era de los hechos; ese había sido su error; se había dejado hechizar por su punto de vista, como si se estuviera contando un cuento. Y se lo había creído. Se había creído la descripción que había hecho de Santos Mosca, obnubilado con lo bien que sonaba, con su pintoresca truculencia. Como así también se había dejado llevar por la descripción épica y romántica que había hecho de sí mismo, por el contraste entre los dos, tan estético en su simetría. Había estado haciendo literatura mientras creía vivir, y eso se pagaba con una eterna melancolía.









Esta edición de 1000 ejemplares de  
*Tres historias pringlenses*, de César Aira,  
se terminó de imprimir en  
el mes de noviembre de 2013  
en Al Sur Producciones Gráficas S.R.L.,  
Wenceslao Villafañe 468,  
Buenos Aires, Argentina.



**Colección Jorge Álvarez**

